

SERVICIO
SECRETO

Ss

INFIERNO SIN SALIDA

*Albert
Rosbund*



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

Cuando Amos Carpenter me comunicó que debía personarme en el despacho de Gregg Forster, el todopoderoso, no pude evitar un cierto sentimiento de temor. No era nada habitual ese tipo de llamadas. Sólo habíamos hablado largamente en una ocasión, a mi llegada a la empresa; luego únicamente nos limitábamos a saludarnos al vernos.

—¿De qué se trata?

—Ya lo sabrás. Ve allí.



Albert Rosbund

Infierno sin salida

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1594

ePub r1.0

Lds 02.02.19



Título original: *Infierno sin salida*

Albert Rosbund, 1981

Cubierta: Desiló

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Cuando Amos Carpenter me comunicó que debía personarme en el despacho de Gregg Forster, el todopoderoso, no pude evitar un cierto sentimiento de temor. No era nada habitual ese tipo de llamadas. Sólo habíamos hablado largamente en una ocasión, a mi llegada a la empresa; luego únicamente nos limitábamos a saludarnos al vernos.

—¿De qué se trata?

—Ya lo sabrás. Ve allí.

Mientras caminaba por el largo pasillo que conducía al santuario del gran jefe, revisé mentalmente mis últimas actuaciones tratando de encontrar algún fallo. Pero todo lo vi correcto.

Llamé a la puerta, intrigado, y la secretaria, una rubita llamada Donna Lewis, me dio permiso para pasar al antedespacho. Era una mujer de más de treinta años, pero muy delgada, de aspecto frágil. Por otro lado, tenía fama de seria y eficiente. Me hizo aguardar un instante, lo que tardó en comunicar con Gregg Forster y decirle que yo ya estaba allí. Pude escuchar perfectamente al gran jefe a través del interfono:

—¡Que pase! ¡Que pase!

Y pasé.

Gregg Forster se encontraba sentado detrás de una monumental mesa escritorio repleta de papeles, lapiceros, carpetas y teléfonos, entre otras cosas que aprecié a primera vista. Era un hombre con más de medio siglo de existencia, pelo negro abundante, posiblemente tintado, ojos oscuros y brillantes, nariz grande y recta, boca ancha y mentón hendido. Poseía una gran corpulencia, aunque ahora estaba sentado y eso no se podía apreciar del todo.

Ni siquiera se levantó para recibirme, limitándose a extender la

diestra y darme un fuerte apretón. Su atuendo era bastante informal —estaba en mangas de camisa, el cuello desabrochado, sin corbata — para como yo estaba acostumbrado a verle.

—Siéntese, Margolin.

—Gracias.

Hubo un breve silencio durante el cual nuestros ojos se escrutaron mutuamente. Luego él entrelazó los dedos de las manos y dijo:

—Se preguntará para qué le he llamado...

—Desde luego.

—Tengo un trabajo para usted, Margolin. Un trabajo muy especial para el que necesito un hombre de toda confianza.

Parpadeé porque no comprendía. Me limité a sonreír tímidamente y a esperar que fuese más explícito.

—He pedido informes de todos ustedes, de todos los que trabajan en los cuadros de seguridad de la empresa —señaló una de las muchas carpetas—. Hombres dinámicos, ágiles física y mentalmente, con ciertas dotes detectivescas... Su jefe Carpenter me ha facilitado todo esto...

—El debía ser el escogido —me atreví a opinar—. Cumple sus requisitos.

—No. El ha sido el primer descalificado. Como otros cuantos, todos los que llevan aquí trabajando más de dos años. Del resto usted es el de mejor informe...

—Hummm... —musité, lamentando interiormente no ser el mejor de todos.

—Bien —exclamó Gregg Forster, ahora tabaleando con los dedos sobre la mesa—. Se trata de mi hija Jenny, un asunto delicado y muy personal, por eso quiero a alguien de la casa, de total confianza ¿entiende?

Asentí. Nunca había oído hablar de que el gran jefe tuviera una hija.

—Ella se fue de mi lado hace cosa de dos años —comenzó a explicarme—. Venía mucho por aquí, a veces hacía faenas administrativas, conocía a los empleados... Por eso no quiero una persona a la que ella pueda reconocer, ¿va comprendiendo?

Nuevamente asentí.

Pero seguía intrigado.

—Como ya le he dicho, mi hija Jenny me abandonó hace un par de años —en esta ocasión empezó a retorcerse las manos, se le notaba que le dolía hablar del tema—. Dijo que era un sucio capitalista, un explotador de obreros, un cerdo burgués y no sé cuántas cosas más. Abandonó incluso San Francisco y se marchó a Phoenix, Arizona. Allí se colocó como instructora de tenis en el Happy Club. La verdad es que a partir de entonces apenas nos hemos tratado, sólo alguna esporádica carta de vez en cuando, para algún cumpleaños, para saber que estamos vivos... nada más. Pero de repente —ahora alzó la voz—, ¡de repente me escribe pidiéndome urgentemente cincuenta mil dólares! ¡Cincuenta mil dólares! ¡Ahí es nada! Dice que los necesita para participar en una importante obra social. Yo no me lo acabo de creer. Jenny siempre odió el dinero, tal vez porque siempre tuvo demasiado, incluso cuando se fue de mi lado renunció a la parte que le correspondía de la herencia de su madre... cosa que ahora me recuerda por si yo me niego a enviarle ese dinero. No sé por qué, pero tengo el presentimiento de que algo grave sucede...

—¿Y ahí entro yo? —pregunté.

—En efecto, Margolin. Sé que eso no es trabajo de la empresa, pero usted está en su derecho de solicitar una semana de vacaciones y yo en el mío de concedérselas —sonrió por vez primera, aliviando la tensión de rostro—. Yo le pagaré el trabajo extra espléndidamente, corriendo con todos sus gastos. Y le estaré eternamente agradecido... sobre todo si logra averiguar qué pasa.

—Podría contratar a un detective privado —sugerí.

—Lo pensé, pero lo deseché en el acto, por lo que ya le expuse antes. Prefiero un hombre de la empresa, que trabaja para mí, de total confianza...

—Ya.

—¿Acepta?

La pregunta sobraba, pero había que cumplir con la formalidad. Era claro que un hombre de la empresa, un trabajador a sueldo de él, no podía negarse a nada.

—Sí, claro.

—Bien. No quiero que se dé a conocer, Margolin. Mi hija Jenny es muy especial y podría estropearlo todo. Quiero que la vigile y averigüe lo que sucede sin que ella se dé cuenta. Si toma el vuelo de

mañana por la mañana, estará allí al mediodía. Al día siguiente recibirá ella el dinero, en el Metropolitan Bank, así tendrá usted tiempo sobrado para tomar contacto. ¿Le parece?

Sólo me cabía asentir una vez más todo lo había programado él.

—Aquí tiene todos los datos precisos de mi hija, su dirección, el lugar donde trabaja, incluso una foto, de las últimas que se hizo; espero que no haya cambiado mucho —agregó con cierta nostalgia.

Me alargó un sobre de papel manila. Por curiosidad lo abrí y contemplé la fotografía. Jenny, la hija del gran jefe, era una auténtica belleza. O el fotógrafo muy bueno. Era rubia, de ojos azules, con un rostro sensitivo espléndido, que hipnotizaba. Del resto del cuerpo no había constancia porque la foto se terminaba a mitad de cuello.

—Y aquí tiene diez mil dólares, en billetes de distinto valor, a cuenta.

Me alargaba otro sobre. Lo tomé rápidamente, le eché sólo una ojeada y me los guardé ambos. Me sentí otro tipo. Nunca había tenido tanto dinero en el bolsillo.

—Por supuesto, tiene ya el día libre para hacer su equipaje. Le reservaremos el pasaje y lo recogerá en el mismo aeropuerto, en el despacho de la Western Airlines.

—Sí, señor —dije al fin algo.

—Eso es todo, Margolin. Suerte.

Nuevamente me alargó la mano sin levantarse, como si estuviera inválido. Me fui de allí pensativo, reflexionando sobre si había hecho bien o no. De todas formas, me dije, Gregg Forster es el jefe y no podía desairarle. El asunto posiblemente no fuera tan grave como él creía, tal vez sólo una nimiedad, una chiquillada. Tenía la oportunidad de darme un descanso con todo pagado en una ciudad que no conocía. Debía pensar por ese lado, por el positivo.

Me despedí de los compañeros. Algunos me hicieron preguntas incisivas, pero yo las esquivé lo mejor que pude. Carpenter, nuestro jefe, que parecía estar al tanto del asunto, me echó una mano.

—Suerte, Steve —me dijo cuando nos quedamos solos, ya camino de la salida.

—Gracias.

—La necesitarás.

—¿Por qué?

—Esa muchacha es un pequeño diablo, la recuerdo muy bien. Seguro que te dará algún dolor de cabeza.

Sonreí.

—Procuraré que no sea así.

Al llegar a mi modesto apartamento de Jackson Street, no muy lejano a Van Ness, preparé una pequeña maleta con todo lo necesario para una semana de estancia fuera, sin dejar de pensar en las palabras de Carpenter. Miré una vez más la fotografía, antes de guardar el sobre en la maleta, y me dije que una chica así no podía proporcionarme dolores de cabeza.

Antes de cenar hice un par de llamadas telefónicas a amistades íntimas para despedirme y contarles someramente adonde iba.

A la mañana siguiente, me levanté temprano, me aseo, desayuné y tomé un taxi para trasladarme al aeropuerto. Daba gusto ir en taxi por San Francisco. Los gastos ya empezaban a correr por cuenta de Gregg Forster.

Una vez llegué al San Francisco International Airport, comprobé con agrado que ya tenía listo mi pasaje. Hubo una revisión rutinaria, sin ningún problema. Y poco después me relajaba en el asiento, con las nubes a mis pies, volando a Phoenix en primera clase.

Fue un vuelo tranquilo, apacible, sin ningún sobresalto. Éramos pocos pasajeros y a nadie le dio por sacar la pistola y llevarnos a Cuba. Aunque ahora precisamente estaba de moda lo contrario, salir de ella.

CAPÍTULO II

En el mismo Sky Harbor International Airport de Phoenix alquilé un coche para mi estancia en aquellas tierras. Escogí un Ford Mustang negro, discreto. Una vez cumplimenté los trámites, me trasladé con él hasta la dirección de Jenny, con la ayuda de un mapa callejero que había tenido la precaución de comprar.

La hija del gran jefe vivía en un modesto edificio de apartamentos de la 16th Street, cerca del Grand Canal. Aparqué, detuve a una señora cargada con una bolsa llena de compras y le pregunté por un hotel que no estuviera muy lejos. Me informó que dos manzanas más abajo había uno.

Fui allí. Era un hotel de segunda categoría, pero me servía. No quería estar lejos. Tomé una habitación, subí, la inspeccioné, dejé la maleta y seguidamente descolgué el teléfono y llamé al apartamento de ella. Quería saber si se encontraba allí. Por supuesto, si descolgaba, no pensaba decir ni pío.

No hubo necesidad de dejarla intrigada. El teléfono de la joven sonó y sonó, sin que nadie lo descolgara. Estará aún en el club, pensé.

Durante el vuelo habían servido un ligero almuerzo, pero para mí era suficiente. Así que decidí entrar en acción ya. No estaría mal darse un garbeo por el lugar de trabajo de la muchacha.

El Happy Club se hallaba enclavado al este de la ciudad, no muy lejos del Echo Canyon Park, en la carretera a Scottsdale. Era un lugar privilegiado, excelentemente aprovechado para tenis, golf, equitación. Además, tenía bar, restaurante, terrazas, jardines para pasear o tomar el sol, incluso salas para conferencias. El problema iba a ser si se necesitaba ser socio para entrar en aquel sitio de excepción y gozar de sus instalaciones.

No me equivoqué. Un atento portero me informó de todas las normas.

Fue pensado y hecho. Poco después me encontraba en la secretaría del club, haciéndome socio a toda prisa. No tenía otro remedio si quería estar al tanto de la vida de Jenny Forster. Me facilitaron un pase provisional, aboné la entrada y la primera cuota y de esa forma pude moverme con soltura por allí. Se respiraba elegancia, dinero, clase.

Llegué a las pistas de tenis. Eran cuatro, paralelas, separadas por unos altos tabiques de red metálica. Las cuatro estaban ocupadas, pero no me resultó difícil localizar en seguida a Jenny Forster. Era la única joven de los que allí jugaban. Ahora pude comprobar que el resto del cuerpo no desmerecía su precioso rostro. Poseía una espléndida y curvilínea silueta. Se movía con agilidad, como una gacela. No dejaba de gritar a la otra, una señora algo obesa y con pocos reflejos, muy torpe. Jenny se desesperaba con ella.

Me abstraje con el juego durante varios minutos, hasta que sentí unos pasos a mi espalda. Giré el rostro.

Quedé encarado a una mujer pelirroja, de unos treinta y siete años aproximadamente, aún con bastante atractivo. Vestía la clásica indumentaria de tenis.

—Hola —dijo sonriéndome mientras balanceaba la raqueta en sus manos.

—Hola —contesté yo.

—Le gusta, ¿eh?

Miró hacia la pista, donde en aquellos momentos Jenny corría para devolver una pelota.

—¿Cómo?

—El juego.

—Ah, sí.

—Me gustaría jugar como ella —me señaló entonces a Jenny—. Es una auténtica Chris Evert.

—Es cuestión de constancia. Y mucho entrenamiento.

—Sí. Usted es nuevo aquí, ¿verdad? —Achicó sus ojos, color aguamarina—. Soy socia habitual y no recuerdo haberle visto nunca.

—En efecto.

Sonrió aún más, alargándome una mano.

—Me llamo Eleanor Nash.

—Steve Margolin.

—Encantada.

—Igualmente.

—No parece tampoco de estas tierras.

—Soy californiano. He venido a vivir aquí —expliqué la historia que ya había elaborado durante mi solicitud de carnet de socio en la secretaría—. Para conocer gente y hacer un poco de vida social me he apuntado a este club. Espero hacer amistades.

—Pues ya tiene una.

—Es usted muy amable.

—¡Oh, ya han acabado! ¡Ahora me toca a mí! ¡Veremos cómo se me da!

—¡Que tenga suerte!

La mujer obesa ya había cumplido y resoplaba como una bestia fatigada. Jenny la despedía hasta otro día. Eleanor Nash, con un incitante contoneo de caderas que supongo iba dedicado exclusivamente a mí, fue hacia la pista. Ella y la que se retiraba se saludaron en la puerta, mientras Jenny recogía las pelotas esparcidas por la pista.

De repente, una voz de mujer llamó a la joven, rogando se personara en recepción inmediatamente. Miré hacia todos lados, sorprendido, y finalmente divisé un altavoz allá en lo alto, colgado.

Jenny se quedó un instante parada, como extrañada. Luego se disculpó con la pelirroja y abandonó la pista.

Pasó junto a mí sin fijarse. Iba ensimismada, sudorosa, algo jadeante. La dejé caminar bastantes metros, pues sabía dónde se dirigía, y luego inicié el camino, justo cuando Eleanor Nash venía hacia mí, posiblemente dispuesta a que le entretuviera la espera.

Me hice el loco y poco después llegaba al *hall* de entrada del club. No había mucha gente. Jenny ya se encontraba allí, junto a un hombre gordo, de mediana edad, pelo negro rizado y facciones porcinas. Vestía un traje de chaqueta gris, vulgar, algo desgastado.

Al tipo se le veía excitado, no precisamente por el ejercicio físico, y hablaba apresuradamente. Ella permanecía callada, algo temerosa. Al menos ésa fue la impresión que me dio. No podía escucharles y acercarme podía resultar sospechoso, pues habían buscado un rincón solitario. El gordo la apuntó con un dedo en un

momento determinado, como si la amenazara. Ella asintió cabeceando. Seguidamente, el fulano le dirigió una dura mirada, barbotó algo, dio media vuelta y se encaminó con paso rápido hacia la salida.

No me lo pensé mucho y decidí seguirlo. Sabía que ella tenía aún allí para rato, con sus clases de tenis. Me intrigaba el gordo.

Jenny se alejó meditabunda. Yo salí tras el tipo y me hice el tonto con el portero.

—Ese hombre no es socio del club, ¿eh?

—No. Venía de visita urgente.

—Ah.

Le vi meterse en un Chevy bastante cascado. Yo corrí hacia mi Ford Mustang. Lo puse en marcha cuando ya él abandonaba el *parking*.

Fui tras él camino del centro de Phoenix. No me gustaba lo presenciado. Olía a amenaza, o algo por el estilo. ¿Qué podía llevarse entre manos Jenny Forster? ¿Realmente era algo grave como pretendía su padre?

Nos acercamos hacia la 32nd Street, en el cruce con McDowell Road. Se detuvo ante una hamburguesería.

Jack's,

decía el rótulo. Yo también descendí del auto. El local estaba bastante lleno, el olor era inconfundible.

El gordo ya se encontraba junto a una joven morena, desgredada, vestida a lo *hippie*. La chica comía a dos carrillos, los dedos llenos de grasa. El gordo bebió un trago de la cerveza de ella y dijo unas cuantas palabras. La morena abandonó por unos instantes su comida, se chupó los dedos y escarbó en su canasta. De allí sacó una bolsa de plástico color azul que pasó a manos del fulano. Éste volvió a beber otro trago, le hizo una señal de despedida y se puso en pie.

Yo me adelanté a él, saliendo del local rápidamente, teniendo que propinar algún que otro empujón. Me metí en el auto y esperé la salida del gordo. No tardó nada. Subió a su Chevy y lo puso en marcha.

Se dirigió precisamente hacia el aeropuerto, pero antes de llegar a él tomó un desvío. Un gran cartelón anunciaba la venta y alquiler de *bungalows* a cosa de media milla.

Allí llegó. Dejó el coche en la playa de estacionamiento y se encaminó directamente hacia uno de los *bungalows*. Gracias a mi buena vista pude ver que se trataba del número veinticuatro.

Me quedé en el coche unos instantes, pensando en el siguiente paso. Decidí darle un tiempo, tal vez fuera sólo una visita. Pero pasaron quince, veinte minutos y no reapareció. Entonces pensé en la forma de enterarme de quién era sin llamar la atención en exceso.

No me resultó difícil idear algo. Memorice el número de teléfono de la dirección de los *bungalows* que se anunciaba en los rótulos de propaganda. Seguidamente me introduje en una cercana cabina.

Coloqué unas monedas, marqué el número y al momento una voz femenina cantó:

—¡Rainbow *Bungalows*!

—Con el veinticuatro, por favor —rogué.

—Un momento.

Sólo tuve que aguardar diez segundos; al siguiente escuché una gruesa voz de hombre.

—¿Sí? ¿Alló?

—¿El señor Carpetown? —Me lancé de cabeza a la farsa—. Soy Fast, de Fast y Fast. Mi secretaria me ha comunicado que quería hablar conmigo del asunto de...

—¡Oiga, oiga! —me interrumpió.

—¿Qué? —Sonreí divertido.

—Se equivoca.

—¿Cómo? —Mostré perplejidad.

—No soy ese señor.

—Pero ¿no es ése el *bungalow* veinticuatro? A lo mejor la de la centralita se ha...

—No, no...

—¿Cómo que no? ¿Es el veinticuatro o no?

—Sí, es el veinticuatro; pero yo no soy el tal señor Carpetown.

—No puede ser. Dijo que llegaba hoy de Los Angeles y se instalaría ahí, en ese *bungalow*, que lo tenía reservado... Será un amigo suyo, entonces.

—No tengo ningún amigo que se llame así.

—¿Ni espera a...?

—¡No, señor! —Alzó la voz, un tanto enfadado.

—Pues no lo entiendo —hice una pausa y luego volví a la carga—. ¿De verdad no es usted el señor Carpetown?

—¡Ya le he dicho que no!

—Tal vez se ha arrepentido del asunto y ahora me está esquivando, señor Carpetown. Creo que me voy a pasar por ahí y...

—¡No se moleste, señor Fast! —se desquició, gritando—. ¡Me llamo Bing Cameron y me dedico al comercio! ¡Llevo viviendo aquí hace meses! ¡No acabo de llegar de Los Angeles! ¡Puede preguntar a la chica de centralita!

—Bueno, no se ponga así... —empecé a ceder.

—¡Haga el favor de no insistir más o me veré en la necesidad de colgarle malamente!

—Está bien. Disculpe.

Y el que colgó fui yo.

CAPÍTULO III

Contento con mi estratagema y algunos datos más en el bolsillo que podían servirme más adelante, regresé al Happy Club. Ya sabía de una persona que tenía relación con Jenny Forster, una persona a la que ella parecía tener cierto temor. Ahora había que continuar con la vigilancia, esperar la llegada del dinero... y ver qué sucedía.

Jenny Forster continuaba allí, ahora con otra mujer, ésta casi tan Joven como ella, muy delgada, y que por lo que pude apreciar apenas sabía de tenis, estaba en mantillas. Jenny tenía que armarse de paciencia con ella.

El ambiente del club en sus zonas deportivas había decrecido ostensiblemente. Todo lo contrario en el bar y en las salas interiores. La tarde ya moría.

Cuando Jenny terminó con su alumna, también acabó su jornada laboral. Fue a los vestuarios y tardó media hora larga en reaparecer, vestida muy sucintamente, el pelo rubio suelto y algo húmedo, brillando con los últimos y tenues rayos del sol. Llevaba en la diestra una bolsa deportiva que hacía propaganda del club.

Se dirigió al bar y allí se reunió con un par de jóvenes —chico y chica— con los que estuvo departiendo un rato, mientras tomaba un refresco. Por unos instantes nuestras miradas coincidieron, pero no le llamé demasiado la atención. Yo continué acodado en la barra, consumiendo lentamente un *whisky* con hielo, hasta que se levantó con ánimo de marcharse.

No tenía coche, pero sí una moto de baja cilindrada. Montó en ella sin ninguna dificultad, favorecida por los *shorts* que vestía, y se alejó con cierto estrépito del tubo de escape.

Resultó verdaderamente sencillo seguirla, pues en todo momento mantuvo una velocidad prudencial. Finalmente acabamos

ante su casa. La moto la dejó en el garaje del edificio, desapareciendo de mi vista.

Me quedé allí un rato, fumando unos cigarrillos, pero no volvió a salir. La noche cayó casi repentinamente sobre la ciudad, oscureciéndolo todo. Decidí dejarlo estar por aquel día, probablemente ya no saldría a ningún lado. Y al día siguiente venía lo más interesante, lo más importante, cuando recogiera el dinero.

Volví al hotel. Ya servían la cena en el comedor, así que fui. Tenía apetito y devoré cuanto me sirvieron, quedando más que satisfecho.

Cuando subí a mi habitación, lo primero que hice fue buscar el número de teléfono de ella y llamar.

Tardó en coger el aparato más de un minuto. Luego escuché su voz pastosa, adormilada:

—¿Dígame?

Colgué, sonriente. Estaba ya en la cama, como las buenas chicas. Yo también me acosté.

Al día siguiente, me levanté muy temprano y tras asearme y desayunar, me situé cerca de su casa, dentro del coche.

Jenny Forster salió a las nueve. Con su misma indumentaria y su misma bolsa deportiva.

En seguida supe que no iba al club porque tomó la dirección contraria. Poco después acabamos frente al Metropolitan Bank.

Todo se iba cumpliendo.

La joven dejó la moto sobre la acera, tomó la bolsa deportiva y entró en la entidad bancaria. Yo vigilaba desde la acera de enfrente.

Tardó en reaparecer casi una hora, yo ya había comenzado a impacientarme, fumando nerviosamente. La vi montar de nuevo en la moto y arrancar. Supuse que el dinero ya iba en la bolsa deportiva.

La seguí hasta el Happy Club sin ningún problema. En efecto, el dinero debía estar en la bolsa deportiva porque no dejó ésta en la taquilla. No se separó de ella en toda la mañana, teniéndola en la misma pista, junto a los botes de pelotas. De vez en cuando le dirigía una furtiva mirada.

Desde luego se la notaba nerviosa, como si esperara algo que tarda en llegar. Reñía más a sus alumnas, a veces por tonterías.

A la hora del almuerzo acudió al restaurante. Yo también,

siempre tras ella, siempre vigilándola, como una especie de lapa. Todo me estaba resultando fácil, cómodo, sin levantar sospechas.

Jenny se reunió con los jóvenes de la tarde anterior, en todo momento con la bolsa en la mano. Yo fui a ocupar una mesa libre del fondo, pero alguien me chistó.

Giré el rostro, alarmado.

Era le pelirroja Eleanor Nash, cosa que me alivió. Su rostro me sonreía.

No tuve más remedio que aproximarme y estrechar su mano extendida. Ella en seguida me ofreció sitio para que la acompañara, ya que yo también iba a almorzar. Estaba cogido y no supe negarme.

—Ya vi que no le quitaba ojo a Jenny... —me comentó con cierta malicia.

—¿Jenny? —Me hice el despistado.

—La profesora de tenis. Aquélla —me señaló.

—Ah, se llama así. Bueno, en verdad merece la pena mirarla. Es una chica guapa.

—Sí. ¿Qué hace por aquí?

—Pasear, tomar el aire...

—¿No trabaja?

—Igual podría preguntarle a usted.

—Una buena réplica —me sonrió—. Yo no tengo que trabajar, señor Margolin. Otros lo hacen por mí. Mis padres me dejaron una suculenta herencia. Yo me dedico a pasármelo bien.

—Bonito deporte.

—Pero usted no me contestó.

—Estoy de vacaciones, unas largas vacaciones. Tengo un problema pulmonar, ¿sabe usted? Los médicos me han recomendado este clima...

—Oh, vaya. ¿Es usted soltero?

—Sí.

—Yo también.

—Quién lo diría. ¿Cómo es posible que una mujer como usted aún ande libre?

—Mire —se encogió de hombros—. Estuve a punto hace un año de contraer matrimonio. Fess y yo habíamos tenido unas largas relaciones...

—¿Fess? —pregunté. Me interesaba seguirle la corriente, que hablara de ella, así no se pondría a indagar sobre mí, obligándome a inventar y a mentir.

—Fess Lowell. Claro, usted no debe de haber oído hablar de él, pero tal vez sí de la firma Pima Aluminum.

—Pues tampoco.

—Es de su propiedad, aunque según mis últimas noticias, el negocio no le va nada bien. Posiblemente lo ha desatendido por culpa de la lagarta de Helen...

—¿Helen?

—Oh, si. Perdona. Helen Cáster. Es una viuda de mi edad aproximadamente. Desde luego, no pertenece a nuestra clase social —hubo en su voz cierto tono de desprecio—, pero pescó a Andrew Cáster, dueño de una importante empresa de fertilizantes, con el casi siempre efectivo truco de quedarse embarazada. Y se creyó la gran reina. Al quedarse viuda, puso sus ojos en otro hombre, precisamente en Fess. Fue la que me lo quitó. Bueno, son cosas que pasan —hizo una mueca—. No amarguemos el momento con tristes recuerdos.

—Tiene razón. ¡Salud!

Entrechocamos las copas y bebimos un trago de vino. El almuerzo transcurrió dentro de una tónica amable e intrascendente. De vez en cuando, miraba de reojo a Jenny, la cual parecía totalmente abstraída con la compañía de los otros.

—Observo que sigue interesado en esa muchacha...

Realmente era muy sagaz Eleanor Nash. Me limité a sonreír, sin dejar de fumar. Habíamos encendido un cigarrillo para acompañar el café.

La pelirroja consultó su reloj de pulsera y lanzó una exclamación.

—¡Oh, es tarde! Me tengo que marchar. Tengo una cita con mis abogados para firmar unos papeles. Espero que nos volvamos a ver, señor Margolin —abrió su bolso y sacó una tarjeta que me entregó—. Aquí tiene mi dirección y teléfono. Podemos quedar un día, caso, de que no volvamos a coincidir aquí en el club. Le enseñaré Phoenix.

—Es usted muy amable.

—¡Adiós!

Se fue sin pagar, pero no me importó lo más mínimo. No era mi dinero el que iba a utilizar para abonar la cuenta.

Continué fumando y mirando distraídamente hacia donde se encontraba Jenny. Al poco, los tres se levantaron y se encaminaron lentamente hacia la salida.

Al camarero le di una buena propina, aprovechando para preguntarle por los dos acompañantes de Jenny. Hice como que los recordaba vagamente.

—Son empleados del club, señor. El es caddy, ella trabaja en las oficinas...

—Gracias.

Jenny continuó con su jornada laboral, en esta ocasión ocupándose de la enseñanza de unos niños. Cada vez la veía más nerviosa, más inquieta. En más de una ocasión sus ojos miraron hacia arriba, donde se encontraba el altavoz. ¿Esperaba algo... a alguien... tal vez al hombre gordo de nuevo?

Cuando terminó, siempre acompañada de la bolsa deportiva, fue a los vestuarios. Poco después reaparecía con su blusa y sus *shorts*, el pelo suelto y húmedo, como el anterior día.

Pero en esta ocasión no se dirigió a su casa.

Nada más tomó el camino del aeropuerto, presentí adonde se trasladaba. Y no me equivoqué. Acabamos en los *Rainbow Bungalows*.

La vi aparcar la moto, mirar hacia todos lados y luego caminar precavidamente hacia el número veinticuatro. Estaba claro que iba a reunirse con el hombre gordo que había dicho llamarse Bing Cameron.

Golpeó con los nudillos en la puerta y luego respingó levemente. Vaciló.

Pero definitivamente pasó al interior, yo con la duda de si alguien le había franqueado el paso o la puerta estaba abierta. Desde la distancia no había podido percatarme con detalle de ello.

No estuvo allí dentro más de medio minuto. De repente apareció corriendo, todavía con la bolsa deportiva en la mano. Montó en la moto y se alejó a todo gas.

Me quedé quieto, pensativo, con la mano en la llave de contacto. Finalmente me decidí a no poner el coche en marcha y acercarme al *bungalow*. Me intrigaba lo que había visto, no parecía muy lógico ni

natural el comportamiento de la joven.

Me aproximé con todas las precauciones, las primeras sombras de la noche me favorecían, amén de que nadie hubiera por los alrededores. Se respiraba una paz de cementerio. Me estremecí al tener este sentimiento.

La puerta del *bungalow* estaba entreabierta. Sólo tuve que decidirme a entrar.

En seguida supe por qué Jenny Forster había huido como alma que lleva el diablo. El tipo gordo se hallaba en mitad de la estancia, tirado grotescamente sobre el suelo, con todo el pecho tinto en sangre y los ojos espantosamente abiertos y fijos en el techo.

CAPÍTULO IV

Me quedé de piedra, pero sólo un instante, en seguida reaccioné. No podía permanecer allí mucho tiempo, corría peligro de ser descubierto y que me complicaran con el asunto. Realmente, el caso Forster se había enturbiado bastante. Y el gran jefe estaba empezando a tener razón.

Miré por encima el lugar. Había algunos muebles fuera de su sitio, como si hubiera habido una leve disputa. El gordo Bing Cameron tenía un par de balazos en el pecho. Que aún no se hubiera descubierto el cadáver hacía pensar que el asesino había tomado muchas precauciones, una muy importante, usar tubo silenciador.

¿Quién era el asesino? ¿Por qué había matado al hombre gordo?

Para mí estaba claro que Jenny Forster no había podido ser. No, señor. Había estado muy poco tiempo en el interior del *bungalow*, no había podido discutir con el gordo o pegarle dos tiros. Además, no creía a una muchacha así capaz de... Bueno, tampoco hay que fiarse de las apariencias.

Lo cierto es que ella había estado allí, había descubierto el fiambre, y en vez de dar cuenta a la dirección, había salido corriendo como una loca. ¿Por qué? La respuesta evidente, lógica, también la única respuesta que se me ocurría, es que ella debía estar implicada en algún feo asunto y no quería que la relacionaran. ¿Y el dinero? El dinero podía ser precisamente para el hombre gordo. ¿Una deuda? ¿El pago de un chantaje? Si era un chantaje, cosa bastante probable, ¿cuál era la culpa de la muchacha?

Fuera lo que fuese la cosa, no debía de ser muy limpia cuándo ella no había querido dar la cara.

Por supuesto, yo tampoco la di. Por eso volví rápidamente a mi

coche, procurando que nadie me viera, y salí también a todo gas, pero en pos de la joven. Por el camino había ido meditando todos esos puntos.

Logré alcanzarla a la puerta del edificio de apartamentos donde vivía. Ella metía en aquellos momentos la moto en el garaje común. La vi temblar, vacilar, no sujetaba la moto con la firmeza del día anterior.

Por un instante estuve a punto de lanzarme adelante e ir a hablar con ella, tratar de ayudarla directamente. Pero me acordé de las palabras del gran jefe: «No entre en contacto, límitese a vigilar desde fuera». Claro que tal como se había puesto el asunto...

—No. Siga así.

Ésa fue la orden de Gregg Forster cuando le expliqué esa misma noche lo sucedido. No se había alterado mucho por la noticia, incluso había llegado a comentar:

—Tenía que acabar en un lío así... Ahora aprenderá...

Un poco duro me pareció, pero lo dejé correr. El era el que pagaba y mandaba.

—Continúe vigilando a mi hija, no se pierda ninguno de sus movimientos. Caso de que se viera directamente relacionada con el crimen, es decir, si la implicara la policía, ya adoptaríamos otras medidas. Puedo mandar un abogado...

—Tal vez sea necesario, sí.

—Espero su próxima llamada, informándome de cómo va el asunto.

—De acuerdo, señor Forster.

Colgué, y a continuación hice lo mismo que la noche anterior. Telefoneé a casa de ella.

En esta ocasión tardó apenas nada en coger el aparato y su voz sonó muy fuerte, en un tono mezcla de ansiedad y temor. Estaba claro que no podía conciliar el sueño. Para no intranquilizarla más, opté por dejar oír mi voz, preguntando por el señor Marvin. Ella me dijo que me había confundido, lo acepté y colgué.

Llegó el día siguiente, y las cosas acabaron de complicarse.

* * *

Por la mañana, muy temprano, me coloqué nuevamente ante su casa, dentro de mi coche, a la espera. Ella salió a eso de las diez. Se

la notaba falta de vitalidad, pálida y ojerosa. Era evidente que había pasado una mala noche.

Llevaba consigo su inseparable bolsa deportiva. Tomó la moto y fue hasta el Metropolitan Bank. Allí entró con la bolsa, entreteniéndose cerca de media hora. Volvió a salir con la bolsa y ahora sí se dirigió ya hacia el club. Para mí estaba claro que había acudido a depositar nuevamente el dinero, pues la tarde-noche anterior no había podido hacerlo por estar cerrada la entidad bancaria.

En el Happy Club comenzó su trabajo de profesora de tenis, pero poco centrada, mucho más nerviosa que el día anterior. Casi se puede decir que jugaba peor que sus alumnos. Una niña de doce años a lo sumo le colocó varias bolas sin que las oliera.

Cuando llegó la hora del almuerzo, Jenny no se dirigió al restaurante, sino al bar. Yo temí encontrarme nuevamente a la señora Nash, pero no estaba allí afortunadamente.

Jenny escogió una mesa del fondo, en un rincón solitario. Allí se hizo llevar un largo vaso repleto de *whisky* con hielo y un platito con almendras. Al parecer, ése iba a ser su almuerzo aquel día.

Yo me quedé en la barra saboreando un *gin-tonic*, sin perderla de vista. En una ocasión nuestras miradas volvieron a coincidir, como el día anterior, pero no me hizo ningún caso. Supongo que estaba habituada a ver las mismas caras todos los días, un socio más del club, pensaría.

Acabó con su bebida y pidió otra nueva ración. Empecé a temer que se emborrachara. Estuve otra vez tentado de acercarme a ella, tratar de ayudarla, consolarla, lo que fuera. Jenny Forster estaba atravesando un mal momento y no se le había ocurrido otra cosa que ponerse a beber.

De pronto aparecieron en el bar un par de tipos que en seguida llamaron la atención de cuantos nos encontrábamos allí. Su forma de vestir, de mirar y de caminar desentonaban. Los dos eran maduros, frisando la cincuentena, uno moreno, de facciones angulosas, alto y corpulento, el otro rubicundo, de estatura mediana, pero también fuerte, robusto, con una cicatriz en la mejilla derecha que le afeaba el rostro. Les acompañaba un sujeto escuálido, pero bien aseado y trajeado, a quien yo ya conocía; era el gerente del club.

Los tres se detuvieron en mitad del bar y desparramaron sus miradas alrededor. Precisamente el gerente del Happy Club fue quien señaló a la abatida Jenny.

Los dos tipos maduros parecieron darle las gracias al otro y se encaminaron hacia ella, pasando por delante de mí. Su aspecto de sabuesos era inconfundible. Tenía experiencia en eso y aposté conmigo mismo un dólar a que se trataba de una pareja de polis.

Cuando llegaron ante la muchacha, ésta alzó la mirada.

Los dos le dedicaron una leve sonrisa, luego unas palabras. Jenny respingó y palideció aún más. Ellos tomaron asiento, uno a cada lado.

Observando la escena por encima del borde de mi vaso, me imaginé en seguida lo que estaba sucediendo. La estaban interrogando, ella vacilaba, se atragantaba con las palabras, los otros insistían machaconamente. Me di cuenta de que ella poco les duraría, era una presa fácil, poco experimentada en esas lides, y eso podía perjudicar seriamente a la muchacha.

Sin pensarlo más, mandando al cuerno las órdenes del gran jefe, aboné el *gin-tonic* y avancé decidido hacia ellos, con una idea ya en la cabeza. Los sabuesos no se habían fijado en mi presencia en el bar y eso podía beneficiarme.

Cuando llegué a su mesa, exclamé con la mejor de mis sonrisas:

—¡Buenas tardes, señorita Forster! ¡Es un placer volverla a ver!

CAPÍTULO V

Todos me miraron con tremenda sorpresa; ella más que nadie. Pero yo no me alteré lo más mínimo y continué imperturbable en mi papel.

Consulté mi reloj de pulsera, agregando:

—Lamento haberme adelantado a la hora de la cita. Si molesto...

Sabía que había prendido la curiosidad de los dos hombres maduros, sobre todo si eran lo que yo creía.

Y no me equivoqué. Sin que Jenny Forster reaccionara, el tipo moreno dijo:

—Un momento, señor...

—Margolin. Steve Margolin.

—Muy bien, señor Margolin. ¿Conoce a la señorita?

—Por supuesto. ¿Acaso no lo ve? —exclamé sonriendo—. ¡Es la hija de mi jefe!

—¿Su jefe?

—Trabajo en la empresa del señor Forster, Gregg Forster, en San Francisco. Posiblemente haya oído hablar de ella. Tenía pensado tomarse unas vacaciones y el señor Forster, al saber que iba a visitar estas tierras, me recomendó a su hija para que me aconsejara y acompañara durante mi estancia en Phoenix... Pero, señor, creo que le estoy contando demasiado. Usted ni siquiera me ha dicho quién es...

Compuso una mueca y seguidamente echó mano de un bolsillo de su raída chaqueta. Me mostró la placa y la identificación que llevaba en un estuchito de piel.

—Teniente Joseph Larch, de la Brigada de Homicidios. El es Lewis Marcus, de la Narcotic Squad —me señaló a su silencioso

compañero.

—Oh.

El teniente se encaró ahora a la muchacha. Durante mi inesperada intervención, ella había tenido tiempo para recuperarse algo.

—¿Le conoce, señorita Forster? —preguntó Joseph Larch, todavía desconfiando.

Nos miramos fijamente a los ojos. Esperaba que no fuera tonta. Si sabía lo que se jugaba...

—Sí —asintió, dándome un alivio.

—Bien —exclamé—. ¿Puedo saber a qué viene esto? Creo que tengo derecho.

—Ha muerto un hombre. Asesinado.

—¡Diablo! —mascullé—. Pero sigo sin comprender... ¿Qué relación puede tener una señorita como...?

—Conocía al muerto.

—¿Ella? —Me hice el sorprendido.

—Sí. Les vieron juntos en una ocasión, en un bar cercano al lugar donde vivía el asesinado. Llamaron la atención porque discutieron. El barman no sabía su nombre, pero nos dio una buena descripción. Sobre todo nos habló de la bolsa deportiva que llevaba con el nombre del club. Por eso hemos venido aquí y no ha sido nada difícil identificarla. Al darle los datos al gerente, en seguida la ha reconocido.

—¿Seguro que era ella?

El teniente esbozó una sonrisa.

—Seguro, señor Margolin. Hay más que pruebas de que se conocían. Incluso ayer les vieron juntos en recepción. Ese hombre vino aquí y solicitó la presencia de ella.

Me callé, fastidiado. Realmente los polis habían trabajado de prisa y con la suerte de cara.

—Bueno, señorita Forster —la volvió a encarar el teniente Larch—. ¿Eso es todo lo que sabe del hombre asesinado? ¿No se le ocurre algo más?

—No, teniente —movió la cabeza de un lado a otro, lentamente. Se le veía falta de seguridad—. Le conocí en un bar. Salimos juntos en un par de ocasiones. Pero en seguida me di cuenta de que no era mi tipo, que no me interesaba. Era un hombre extraño. Le dije que

no quería volverle a ver y eso originó la disputa, en aquel bar cercano a los *bungalows*. No se daba por vencido e insistía detrás de mí... como por ejemplo ayer, cuando se presentó aquí.

—Mmmm...

Por la mirada que le dirigió el teniente supe que no la creía del todo.

—¿Usted se droga, señorita Forster? —preguntó de pronto el hasta ahora silencioso acompañante del teniente, precisamente miembro de la Brigada de Narcóticos.

—¿Qué? ¿Cómo? —Parpadeó ella.

—Si usted se drog...

—¡En absoluto! —le interrumpió con rotundidad.

—¿A qué viene eso? —tercié.

—Ese hombre no nos era del todo desconocido, teníamos algunas referencias de él. Sospechábamos de él como vendedor de droga. Y en efecto, en su *bungalow* descubrimos un importante alijo.

—No... no sabía nada... —balbuceó la muchacha.

—Tenemos noticias de que se ha formado una prestigiosa red de traficantes aquí en Phoenix, se dedican a traer la droga del vecino país y la distribuyen por el estado, incluso parece ser que sus tentáculos llegan a ciudades importantes como Los Angeles, en California. Últimamente murió uno de esos traficantes en accidente de coche, cuando venía de la frontera con la mercancía. Desgraciadamente no descubrimos mucho, sólo que su posible cómplice en el tráfico podía ser una mujer joven, rubia, con la que se vio allá en México... —diciendo esto último sus ojos claros se clavaron fijos en la muchacha.

Jenny había perdido el aliento, se la veía blanca.

—Creo que están dando palos de ciego —intervine rápidamente — aprovechándose de la ingenuidad de esta joven. Ya es bastante, señores, si no tienen algo más sólido en que apoyarse. Entiendo algo de estos asuntos.

—¿En qué trabaja para el señor Forster? —se interesó el teniente.

—Pertenezco a los cuadros de seguridad de la empresa.

—Ajá.

—¿Terminaron? ¿No tienen otra pista que seguir? —espeté, mostrando cierto enfado.

—Sí, tenemos otras muchas cosas que hacer —asintió el teniente—. Por ejemplo, últimamente han visto merodear el *bungalow* del muerto a un joven rubio, barbudo, de aspecto *hippie*... pero aún no sabemos quién es. Nos vamos en seguida, sólo me resta hacerle una pregunta a la señorita: ¿qué hizo ayer tarde cuando salió de aquí?

—Pues...

—Se reunió conmigo —intervine nuevamente, saliendo al paso—. Estuvimos juntos esa tarde y esa noche. Ella me enseñó la ciudad.

—¿Es así?

Jenny Forster cabeceó mecánicamente.

—De acuerdo —se mordisqueó el labio inferior el teniente Larch—. Eso es todo por el momento. Pero les ruego, a los dos —recalcó— que no salgan de la ciudad, sin avisar antes. Dijo llamarse... —Me encaró.

—Steve Margolin —le recordé.

—¿Y cuándo llegó, a Phoenix?

—Anteayer al mediodía, en un vuelo directo desde San Francisco. Una de las primeras cosas que hice fue venir acá, saludar a la señorita Forster y, hacerme socio de éste estupendo club. Y les aseguro, que no sé nada de asesinatos ni de tráfico de drogas.

—Esperemos que sea así —sonrió el teniente—. ¿Podría facilitarme el teléfono del señor, Forster?

—Por supuesto —sonreí a mi vez, dándoselo—. Podrá comprobar cuanto he dicho.

—Es usted muy amable. Perdone la molestia, señorita Forster. Buenas tardes.

Ambos hicieron una leve inclinación de cabeza y se levantaron para marcharse.

Jenny y yo les vimos salir del bar en silencio.

Luego nos miramos. Ella tomó su vaso y lo apuró. Seguidamente comentó:

—Así que mi padre se ha metido en esto.

—Mejor: me ha metido a mí en esto.

—Je —sonrió sin ganas—. Seguro que ha sido por el dinero. Debí suponer que papá enviaría a alguien para averiguar dónde iba a parar su bonito dinero.

—En efecto —reconocí.

—Bien. No ha de preocuparse más. Ya se lo he devuelto. No me hace falta.

Hubo un breve silencio, ella jugueteando con el vaso. De pronto dijo:

—Ya puede irse.

—Me parece que anda metida en un feo asunto, señorita Forster. Debe contar con mi ayuda.

—No la necesito.

—¿Cómo qué no? —salté—. Usted sabe que he mentido, usted sabe que no tiene coartada...

—Ya me las apañaré.

—No sea arisca.

—No lo soy. Le estoy agradecida por lo que ha hecho, pero nada más.

—Sólo le he conseguido tiempo, el que tarden en encontrar alguna prueba más sólida o en derrumbar mi mentira. Es preciso aprovechar ese tiempo para tratar de averiguar la verdad.

—Déjeme a mí.

—¿Usted sola lo conseguirá?

—Ya me las apañaré.

—Eso lo dijo antes. No la creo capaz. Está nerviosa y asustada. Necesita ayuda.

—Vuelva con mi padre.

—No creo que él me deje —la miré fijamente, agregando—: Y si fuera decisión mía, tampoco lo haría.

—¿Por qué no me trae otra copa?

—Ya ha bebido bastante.

—¿Ve cómo no me sirve? ¡Márchese!

—No. Y dígame: ¿ese dinero era para el hombre gordo?

—Usted me debe haber vigilado desde el momento en que lo recogí del Banco, ¿no?

—Si.

—Pues ya sabe demasiado. Gracias por todo, señor Merlín.

—Margolin. Steve Margolin.

—Perdone, señor Margolin. Y adiós. ¡Camarero!

Cuando se acercó el llamado, yo me puse en pie y saqué la cartera.

—¿Cuánto es? —pregunté.

—¡Eh, eh...! —empezó a protestar ella.

—No le haga caso, está un poco bebida... ¿Cuánto es?

—Diez dólares.

—Tome.

Ella me miraba con los labios apretados. Luego abrió la boca para decir algo, pero en ese momento llegó hasta nosotros el gerente del club.

—Perdón —dijo el escuálido hombre—. Señorita Forster... — Hizo otra pausa, como si le costara trabajo decir lo que tenía que decir. Verá...

—Estoy despedida, ¿no es eso? —Casi gritó ella. Su furor lo desencadenó sobre el gerente.

—Ssssí... —dijo tímidamente—. Este club... Ya sabe... No queremos problemas con la policía... Los socios... El nombre del club...

—Lo comprendo —se puso en pie. Parecía haber recobrado su vitalidad—. Esto es una mierda, como todo.

Dicho esto, echó a andar rápidamente hacia la salida.

El gerente se me quedó mirando. Yo me limité a dedicarle un encogimiento de hombros.

Fui tras ella, pero no conseguí alcanzarla porque se metió en los vestuarios y yo no podía entrar allí so pena de organizar un escándalo entre las damas del club.

Me quedé esperándola fumando un cigarrillo y tratando de poner en orden mis ideas. No lo conseguí, el cigarrillo se consumió y todo seguía alborotado.

Jenny reapareció. No le pilló de sorpresa que yo la estuviera esperando.

—Es usted un pesado.

—¿Adónde va?

—A mi casa. Supongo que puedo.

—Claro.

—Adiós. Déle recuerdos a mi padre.

La vi alejarse. Apreté los labios, sin saber qué podía hacer.

Finalmente, fui a por mi coche y tomé el rumbo del hotel, que era más o menos el de su casa. Pensaba telefonear urgentemente al gran jefe, a ver qué opinaba del caso.

Al pasar por delante del edificio de apartamentos donde vivía la

joven, me extrañó ver la moto aparcada junto a la acera. No la había guardado en el garaje, como siempre. ¿Por qué? ¿Pensaba ir a algún lado?

Cambié entonces de idea, decidiendo subir arriba. Me abrió la puerta ella, endureciendo en seguida el gesto y exclamando fastidiada:

—¡Usted de nuevo, maldita sea!

—Hola —saludé.

—Váyase.

—Creo que debemos seguir hablando, señorita Forster. Me gustaría conocer...

—No tengo ganas. Si tiene tanto interés, vuelva dentro de una hora, a ver si se me ha pasado la jaqueca. ¿Le parece bien?

—No.

Hice intención de pasar, pero ella me cerró el paso. Al final, opté por ponerme violento, ella salió trastabillando y yo logré mi propósito.

—Ajá —exclamé—. Está haciendo la maleta.

—¡Sí!

—¿Piensa largarse? ¡No sea loca! Sentenciará su culpabilidad.

—Al cuerno la policía. Me iré lejos. No, soy tan importante y no me encontrarán.

—No sabe lo que dice. No se lo voy a permitir.

—¿Ah, no?

La muy pilla había tomado un búcaro y ya lo descargaba sobre mi cabeza.

CAPÍTULO VI

Menos mal que logré ver su intención un poco antes, lo suficiente para ladearme y que el golpe fuera leve, un simple roce, algo doloroso, pero sin resultados que lamentar. Ni el búcaro se rompió ni mi cabeza estalló.

Desde luego, me acordé de las palabras del amigo y jefe Carpenter cuando me habló sobre la muchacha y los dolores de cabeza que podría traerme.

Ya habían comenzado.

Conseguí atraparle la muñeca y forcejeamos unos instantes, muy breves.

Me fue relativamente fácil retorcérsela para obligarle a soltar el búcaro. Ella dejó escapar un gemido y luego no tuvo más remedio que desprenderse de su improvisada arma.

Entonces el búcaro sí que se rompió.

La empujé sin ningún miramiento hacia el sofá. Allí cayó, alzando las piernas y mostrando un panorama excitante.

Pero en seguida me olvidé de eso.

—¿Qué pretendía? ¿Abrirme la cabeza? —grité furioso.

Ella me miraba con ojos encendidos, frotándose rabiosamente la muñeca dolorida.

—Sólo quería que me dejara en paz, maldito entrometido. No necesito su ayuda ni la de mi padre.

—Bien que pidió esos cincuenta mil dólares.

Jenny enrojeció.

—Fue por una causa mayor.

—¿Y un asesinato no es una causa mayor?

—Aún puedo escapar.

—Usted me parece que no entiende bien las cosas —me

desesperé—. ¿No sabe que los policías de todas las ciudades y los estados del país tienen conexiones entre sí? ¿No sabe que existe una policía federal? ¿Cuánto cree que duraría su huida? ¿Una semana, un mes...? ¿Y qué? Con esa actitud, no haría más que pensarán definitivamente en usted como la culpable de ese asesinato.

—¡No tengo con qué defenderme!

—Sí.

—Lo suyo es una mentira. Incluso si le forzaran a hablar, usted tendría que confesar que me vio entrar en el *bungalow* de Cameron, ¿no?

—Tal vez.

—¡Tal vez, tal vez! ¡Seguro que sí!

—Bien, sí. ¿Y qué?

—Pues entonces...

—Espere. La policía no sabe eso aún. Y entretanto, como ya le dije en el club, se puede investigar el asunto. —¡Bah!

—¡Yo puedo hacerlo si usted me proporciona los datos!

—¿Qué se cree? ¿Un detective de película que salvará a la chica de la horrible acechanza de los misteriosos malvados?

Sonreí.

—Posiblemente lo sea.

—¡Usted está majareta! —me espetó—. Y no voy a hacerle caso. Apreté los labios, enrabiado. La muchacha me desquiciaba.

Ella se puso en pie, al parecer recuperada, segura de sí misma, encaminándose hacia la maleta.

Medité unos segundos, mientras ella doblaba prendas y las guardaba. Después, me dirigí hacia el teléfono.

—¿Va a llamar a mi padre? —preguntó, pues no me quitaba ojo—. No le servirá de nada. Hace tiempo que dejé de hacerle caso.

—Voy a llamar a la policía —repliqué.

—¿Para qué?

—Para contarles la verdad.

Soltó de mala manera la blusa que llevaba en la mano y sus ojos volvieron a relampaguear.

—¡Maldito! —farfulló.

—No me comprende. Sólo quiero ayudarla.

—¡Usted es el que no me entiende! —Avanzó hacia mí como una fiera—. Como tampoco me entendía mi padre. No quiero líos. Estoy

hasta las mismísimas narices de los cochinos líos que se traen los cochinos perros de dos patas de esta cochina sociedad. Quiero que me dejen en paz, no quiero problemas, sólo tranquilidad durante mi vida. Mi lema es vivir y dejar vivir. Y cuando surgen líos, siempre provocados por los demás, prefiero largarme. ¿Lo comprende usted, señor Merlín?

—Margolin —dije molesto.

—¿Lo comprende usted, señor Margolin?

—Sí, puedo comprenderlo. Pero de este lío no puede escapar y seguir tan tranquila su vida. El lío la seguirá adonde vaya.

—No.

—Sí. La policía se encargará de ello. Por tanto, es mejor afrontarlo ahora.

—Eso lo dice usted, no lo creo.

—Le aseguro que sé lo que me digo.

—¡Je! —sonrió—. Usted lo que quiere es hacer méritos ante mi padre. ¿A que sí?

—No.

—Claro que sí —siguió sonriendo—. Para subir peldaños en la escalera.

—Se equivoca —dije duramente—. Usted es una chica bonita y sería muy desagradable, también una lástima, verla hacer muecas en la cámara de gas.

Le borré la sonrisa.

Maldito si sabía si la pena de muerte estaba abolida o en vigencia en aquel estado, pues es una cosa que depende del humor de los políticos y carecía en aquellos momentos de datos acerca de esos sesudos señores, pero la frase le causó impacto.

—Es usted nauseabundo.

—Soy realista.

—Me cago en la realidad de todos ustedes.

—Perfecto —dije—. Pero ¿por qué no empieza a contarme la historia?

Ella me miró dubitativa, dio varios pasos por la estancia, reflexionando.

—¿Cómo una chica como usted, que huye de los líos, se mete en uno? —insistí.

—La culpa no fue mía —dijo de pronto.

—¿De quién, entonces?

Volvió a cerrar la boca, como si ya hubiera dicho demasiado, retornando a sus paseos.

—No sea tonta, señorita Forster. De veras voy a ayudarla. Y es lo mejor que permanezca aquí.

Me encaró, desafiante.

—¿Acaso usted me puede asegurar que no me va a pasar nada, señor Margolin?

Celebré que dijera por primera vez bien mi apellido, pero la pregunta me dejó indeciso, preocupado. Era muy difícil asegurar una cosa así.

—¡Vamos! —me invitó.

Como no respondía, ella regresó junto a la maleta, dispuesta a seguir con la faena.

—Está claro —dijo.

—¡No está claro, maldita sea! —Fui y le arrebaté la blusa de la mano. Definitivamente, aquella blusa estaba condenada a no acabar doblada en la maleta—. ¡Yo le aseguro que no le sucederá nada!

—¿Sí?

—¡Sí!

—¡Fírmemelo!

La tomé de un brazo y tiré de ella, besándola seguidamente en sus jugosos labios. No ofreció resistencia, aunque tampoco colaboró.

Cuando se separó, tenía los ojos nuevamente encendidos, parecían dos brasas.

—¿Es suficiente? —pregunté. Realmente estaba conmovido de haberla tenido entre mis brazos, de haberla besado. Ahora tenía el convencimiento de que Jenny Forster no sólo podía proporcionar dolores de cabeza, sino también hacer perder la cabeza, a un hombre.

Transcurrieron unos segundos de tenso silencio, ella brazos en jarras. Se notaba que estaba conteniendo una gran ira. De pronto, le dio una patada a la maleta y todas las prendas volaron por los aires.

—¡Está bien! ¡Usted gana!

Sonreí.

—Pero como acabe inculpada, declararé que usted fue cómplice mío en el asesinato.

—Okay —acepté—. ¿Quiere empezar su historia, señorita

Forster?

Se dejó caer en el sofá y acto seguido me pidió un cigarrillo.

—No suelo fumar pero ahora lo necesito. Quiero tener algo entre los dedos porque si no soy capaz de arañarlo.

—Es usted una deliciosa gatita —dije, entregándole el pitillo encendido—. ¿Quiere otro para la otra mano?

—La culpa fue de Glenn Bolton —fue su respuesta.

—¿Quién es?

—Era. Murió.

—No sea escueta y escupa todo lo que sabe.

—Conocí a Glenn Bolton en el club —explicó exhalando una bocanada de humo—. Era un tipo joven y atractivo, con gancho. Mucho más que usted —dijo con ánimo de herirme, pero yo permanecí inmutable—. No era socio del club, pero venía por aquí de vez en cuando a recoger a una de las socias, a quien yo doy clases.

—¿Quién?

—Una pelirroja llamada Eleanor Nash.

—Casualmente la conozco.

—Está un poco desquiciada desde que el novio la dejó prácticamente a las puertas del altar, según tengo entendido. Ahora le da por perseguir jovencitos. Glenn era uno de sus muñecos. El le sacaba dinero, sin duda.

—Pero ¿cómo se conocieron?

—Bueno, nos habíamos visto de pasada. Un día me lo encontré a la salida, no había ido Eleanor Nash a dar clase. Se hizo el sorprendido y se ofreció a acompañarme. Luego, más tarde, supe que él sabía que ella no estaba en el club y que lo hizo intencionadamente para ligarme. Salimos varias veces más.

—¿De qué vivía, de lo que le sacaba a la pelirroja?

—De eso y una renta, según me explicó. Un día me ofreció acompañarlo a México, porque tenía que resolver allí un asunto que nunca me explicó con detalle, sólo con vaguedades. Lo hice. Pero el tipo se puso verdaderamente pesado, quiso propasarse y a eso no estaba dispuesta. Discutimos acaloradamente. Y como resultado de la disputa yo cogí un autobús y regresé por mi cuenta y riesgo.

Hizo una pausa, dándole una chupada al medio consumido cigarrillo.

—Creí que era usted una liberal —comenté con cierta mordiente.

—Liberal no significa ir con las piernas abiertas por ahí.

—Oh.

—Bien —cortó el tema—. Al día siguiente me llevé una gran sorpresa. Me enteré precisamente gracias a Eleanor Nash. Me contó que la policía la había estado molestando por culpa de su joven protegido. Éste, al regresar de un viaje a México, había sufrido un mortal accidente automovilístico.

—¿Accidente provocado?

—No, tío listo. Simplemente se salió en una curva por la noche, dio varias vueltas de campana y se desnucó. La policía intervino por culpa de la droga.

—Ajá —dije. En mi mente comenzaban a encajar varios datos—. ¿No se tratará del tipo del que nos habló del hombre de la Narcotic Squad?

—A veces piensa —sonrió ella—. De él se trata. Oculto en el coche le descubrieron un importante alijo de droga.

—¡Vaya!

—La poli de aquí se puso en contacto con la mexicana, y en seguida salió a relucir que a Glenn Bolton se le había visto acompañado por una muchacha rubia, de la que no se pudieron recabar más datos para suerte mía. Eso me tranquilizó en parte. Pero poco me duró ese estado. ¿Puede acercarme el cenicero, señor Margolin?

Hasta aquel momento había estado echando la ceniza sobre el cuenco de la otra mano. Ahora quería apagar el cigarrillo.

Me arriesgué a que tuviera las dos manos libres.

—En seguida apareció en mi vida el gordo Bing Cameron —continuó contándome sin que de momento sus uñas saltaran sobre mí—. Me dijo que era conocido de Glenn y que sabía que yo había ido con él a México, y por lo tanto yo era la chica por la que la policía estaba tan interesada. Iba a denunciarme si no le ayudaba económicamente. Había investigado un poco sobre mí, sabía de quién era hija y me pidió esos cincuenta mil dólares que usted sabe. La verdad es que me lo pensé bastante. Podía ir a la policía y contarle todo lo que sabía, pero probablemente me inculparían como cómplice de Glenn. E igual sucedería si Cameron hablaba.

Total, que decidí pagarle. Y recurrí, muy a pesar mío, a mi padre. En aquel momento yo no veía otra forma de reunir ese dinero. El resto de la historia ya lo sabe.

—Ya... —murmuré, meditando unos instantes. Luego pregunté —: ¿Discutió con el gordo en ese bar, tal como ha señalado la policía?

—Sí.

—¿Por qué?

—Fue cuando me dijo la cantidad. Perdí los nervios, le llamé de todo.

—Y luego en el club el otro día, ¿qué pasó?

—Pues que tenía que haberle dado ya el dinero, pero mi padre no me lo enviaba. Vino a amenazarme. Al parecer, lo necesitaba urgentemente para un negocio.

—Lo imagino. Droga.

—Puede ser.

—¿Cuándo fue al *bungalow* estaba muerto?

—¡Por supuesto!

—¿Habían quedado en que usted iría allí?

—No. El dijo que pasaría a recoger el dinero, dijo que iría a primeras horas de la tarde. Como no vino y yo estaba muy nerviosa, pues quería acabar con el asunto de una vez por todas, decidí acercarme a su vivienda, ya que la conocía porque el día de la discusión en el bar me la había indicado.

—¿No tocó nada?

—No. Salí corriendo en seguida.

—Y esperemos que nadie más la viera, salvo yo.

—Sí, esperemos.

Se hizo un nuevo silencio entre nosotros.

Yo aproveché para encender un cigarrillo y con el humo sacar alguna conclusión. Ella se estiró a lo largo del sofá, preguntando:

—¿Cuál es su deducción, tío listo?

—Bueno —dije, al tiempo que expelía el humo por las fosas nasales—. Está claro que Bolton y Cameron se dedicaban al mismo negocio, la droga, y que naturalmente se conocían, probablemente pertenecieran a la misma organización, esa de la que habló el de la Narcotic Squad. Bolton murió en un accidente casual; pero a Cameron lo asesinaron por algo que no parece ser el robo de la

mercancía, pues la policía la encontró en el mismo *bungalow*.

—Tal vez el asesino no tuvo suerte, o quizá fue poco espabilado.

—Puede ser —acepté.

—¿Y qué más? Lo que me ha dicho no es nada nuevo. ¿Cómo piensa resolver el asunto, tío listo? Usted no es de aquí, no conoce nada ni a nadie. ¿Qué sabe de Bing Cameron, por ejemplo?

—Sé más que usted —le sonreí por entre el humo.

—¿De veras? —En su tono se advertía un poco de burla.

—Sí. Tengo un cabo al que agarrarme. Y por ahí voy a empezar.

—¿Cuál?

—Una chica como usted, pero morena, a la que le gustan las hamburguesas.

CAPÍTULO VII

Jenny Forster se empeñó en acompañarme, sin dejar de hacerme preguntas. Así que por el camino tuve que explicarle detalladamente cómo sabía de la chica morena.

—Desde luego no es usted tonto ni pierde el tiempo —comentó—. ¿No le ha propuesto aún mi padre para que forme parte del Consejo de Administración?

Miré a sus ojos. Había chispitas de burla en ellos.

—No.

—Tal vez llegue.

—No es mi meta.

—Humm...

El local estaba abarrotado a aquellas horas finales de la tarde, gente joven principalmente. Haciendo uso de algún que otro empujón nos procuramos un sitio e hicimos gasto, pues estábamos hambrientos. Ninguno de los dos había llegado a almorzar.

Mi mirada no cesó en todo momento de tratar de localizar a la chica morena de aspecto *hippie*. Fue inútil. O no estaba o no la veía entre tanta parroquia.

Finalmente, me decidí a preguntarle al que nos atendió.

—Ah, ésa —dijo en seguida, nada más le di la descripción de la muchacha.

—La conoce, ¿eh? —Respiré aliviado.

—Agatha Wallis es cliente habitual.

—¿No ha venido?

—A estas horas ya no viene.

—¿Dónde la puedo encontrar?

—Posiblemente en alguna cama, es su oficio —soltó la carcajada

—. Aunque tal vez la encuentre en el Mandingo, un bar cuatro

manzanas más abajo. Allí suele acudir a pescar clientela selecta.

—Gracias.

Le aboné las consumiciones, agregando una propina que le hizo feliz.

—Así que se trata de una fulana... —comentó, pensativo, la joven, de camino al bar.

—Eso parece.

El Mandingo era un bar de cierta categoría, espacioso y limpio, con camareros atentos y pulcros que hacían perfecto juego con el lugar. Se escuchaba una suave y agradable música y la clientela, aunque no muy abundante, era, en efecto, de alguna distinción.

La muchacha y yo ocupamos una mesa junto a una ventana que daba a la calle. Al camarero que se nos acercó le pedimos un par de tónicas, era lo único que nos apetecía tras las hamburguesas que nos habíamos zampado en Jack's.

—¿No ha venido Agatha Wallis? —le pregunté cuando nos trajo lo solicitado.

Me miró un poco sorprendido, desviando luego sus ojos hacia Jenny.

—No —respondió—. Pero posiblemente no tarde.

—Gracias.

Encendimos unos cigarrillos y a mí se me ocurrió preguntarle a Jenny por qué se había metido a instructora de tenis.

—Bueno, es lo único que sabía hacer. Es un deporte que aprendí desde pequeña. Todos los hijos de papá lo suelen practicar con soltura.

Sonreí.

—Aunque hoy en día no es ya como en la época en que yo comencé un deporte de hijos de papá —agregó en seguida, sin darme tiempo a interrumpirla—, sino también de ejecutivos, hombres de empresa, ministros... ¿Usted no juega?

—Pues no —reconocí.

—Hummm. Malo. Tiene que aprender. Si no, no podrá relacionarse con la gente de arriba y subir peldaños. Usted no sabe la de cosas que se pueden tramar con unas simples partidas de tenis...

Seguía burlándose de mí, pero yo lo dejaba correr.

—Le tendré que enseñar —dijo finalmente—. Así tendrá más chance cuando vuelva a San Francisco.

—Será un placer aprender a su lado.

Ella me miró un poco recelosa.

—No se ponga tierno, ¿eh?

—¡Mire! ¡Ahí está!

Acababa de verla entrar. Agatha Wallis no había cambiado mucho respecto al otro día. Vestía una blusa que en otro tiempo debió de ser blanca, unos *blue-jeans* desgastados y unas sencillas alpargatas. Del hombro derecho le colgaba la misma canasta. El pelo, negro como el azabache, le caía suelto, mal peinado, sobre la espalda. Pero a pesar de todo, gracias a su juventud, gracias a su aire lozano, gracias a su cuerpo bien moldeado, con unas rotundas curvas, tenía gancho. La «profesión» no le debía ir del todo mal.

El camarero que nos había atendido le hizo una seña, apuntándonos con el dedo. Ella se nos quedó mirando con evidente perplejidad.

Finalmente se decidió a acercarse a nosotros moviendo ostensiblemente sus encantos.

—Hola —saludó.

Lo único que la diferenciaba del otro día era el bonito morado del ojo izquierdo.

—¿Qué hay? —dije, pensando que alguien la había golpeado—. ¿Un cliente irascible?

—Vaya —exclamó—. Ahora me vienen en parejas. Nunca lo había probado. ¿Vamos?

—Alto ahí, Agatha —extendí un brazo, atrapándola, pues ya daba media vuelta—. Siéntate.

—Oh, bueno. Quieren que hablemos de las condiciones, ¿eh?

—No.

—Quieren que nos familiaricemos un poco. Yo había pensado que allí, en el...

—Tampoco.

La morena frunció el ceño.

—¿Qué pasa entonces?

—Siéntate.

Como yo no la soltaba, se decidió a obedecer, pero sin dejar de mirarnos con cierta desconfianza.

—Queremos hablar contigo, sólo eso.

—¿Quiénes sois?

—Unos amigos.

—No os conozco de nada.

—Steve y Jenny. Ya sabes nuestros nombres.

—Sigo sin saber...

—Tenemos un amigo común, es por el que te buscamos.

—¿Ah, sí? —Pareció interesarse—. ¿Quién?

—Bing Cameron.

El nombre actuó casi como un tiro. Ella lo encajó, envarándose.

—No sé de qué hablas.

—Vamos, preciosa, no somos tontos. Te buscamos porque sabemos que tenías amistad con Bing.

Nos miró alternativamente, achicando los ojos.

—¿Quiénes sois? ¿Policía?

—No. Conocidos de Bing.

—No insistas —quiso ponerse en pie—. No se quién era.

Sonreí, no permitiéndole levantarse.

—¿Era? ¿Acaso ha muerto?

Ella se mordió el labio inferior, supongo que enfadada consigo misma.

—Me he hecho un lío.

—Basta ya de fingir, Agatha. Yo te he visto con Bing en la hamburguesería

Jack's

anteayer por la tarde. Tú le diste un paquete.

—Bueno... eeeh...

—Droga —aventuré—. Sabemos que se dedicaba a eso.

—¡No, no!

—Entonces, ¿le conoces?

—Sólo... sólo era un cliente... Me gusta «viajar» de cuando en cuando. Bing me proporcionaba lo que necesitaba. Ese día le pagué, sólo eso. Era dinero.

—Muy bien. Aceptamos eso. ¿Cómo sabías que está muerto?

—Los de Narcóticos han empezado a moverse por los bajos fondos, interrogando. La noticia ha corrido en seguida como reguero de pólvora.

—Ya.

—¿Qué tenéis que ver?

—Queremos saber más sobre el bueno de Bing. Sobre todo por qué le mataron.

—No sé nada de eso.

—¿No oíste hablar de Jenny Forster? —señalé a la joven rubia—. Bing la estaba chantajeando.

—No.

—La estaba chantajeando por estar implicada en un viaje con un tal Glenn Bolton. ¿Tampoco te suena el nombre?

—No.

—Al parecer, tanto Bolton como Cameron estaban en el negocio de la droga.

—De veras que no sé nada de eso. Sólo conocía a Bing, era mi suministrador, únicamente eso... No sé nada de negocios de droga...

—¿Ni de una organización dedicada al tráfico de estupefacientes?

—Sé que existe; se oye comentar por ahí, la policía anda tras ella, pero no sé nada más.

La miré atentamente, tratando de adivinar si mentía. Era difícil.

—¿Por qué tienes el ojo izquierdo morado? —le pregunté de pronto.

—¿Eh? —se sorprendió por aquel inesperado giro de la conversación.

—Anteayer no lo tenías.

—Bueno... —vaciló.

—¿Acaso te has peleado con alguien? —insinué—. ¿Tal vez con Cameron porque no te daba todo lo que tú querías? Según tengo entendido, hubo algo de violencia en su *bungalow*...

—¡Qué dices! —saltó—. ¡No sé absolutamente nada de ese asesinato! ¡Lo juro!

—Entonces lo del ojo...

—No me gusta ser chivata...

—Habla —le exigí.

—Fue culpa del mierda ese de Andrew Cáster.

El nombre fue como un campanazo en mi cerebro. ¿Dónde lo había oído yo anteriormente?

—¿Andrew Cáster? —repetí.

—Sí.

—Me suena.

—¿No tendrá que ver con los famosos y millonarios Cárter de los fertilizantes? —intervino por vez primera en el diálogo Jenny.

—¡Sí! —asintió la morena—. Según he oído por ahí, pertenece a una familia bien de esta ciudad, pero vive por su cuenta. Está irremediablemente perdido por la droga. Le conozco de pasada...

—¿Por qué te pegó? —Fui al grano.

—Se presentó en mi apartamento mendigándome unos sobrecitos. Estaba desesperado. Yo me negué y entonces... —se señaló el ojo—. Al final, viendo en el estado en que estaba y temiendo por mi piel, le di un poco de mi parte para que se contentara.

—¿Por qué te negaste?

—No tiene dinero y no es de fiar. Por cierto —sus ojos brillaron—. Bing era precisamente su suministrador. A él le debía mucha pasta, fue algo que me comentó en una ocasión. Tal vez... tal vez él fuera a ver a Bing primero, discutieron y... —hizo una pausa—, y luego vino a mí.

—¿Cómo es él? —pregunté asaltado por un presentimiento.

—Alto y joven, no más de veinte años, rubio, con espesa barba, viste sencillamente, como yo...

Era cierta mi intuición. ¡Coincidía la descripción con el merodeador del *bungalow* de Cameron mencionado por la policía!

CAPÍTULO VIII

—No quiero quedarme.

—Es lo mejor.

La pequeña discusión había surgido al regresar al apartamento de Jenny. Ya que la morena Agatha no había sabido darnos datos concretos sobre Andrew Cáster —es un paria, se arrastra por ahí, por cualquier agujero—, yo había decidido entrar en contacto con la pelirroja Eleanor Nash para sonsacarle información sobre los Cáster y sobre el difunto Glenn Bolton.

Consideraba que era la persona ideal, pues había tenido relaciones con todos ellos. Por otro lado y aunque quisiera, no podía recurrir a otras personas porque apenas conocía a alguien en Phoenix.

Para ello me molestaba la presencia de Jenny. Tenía una buena excusa para llevar a cabo esa cita: la tarjeta que ella me dio con el propósito de que le llamara. Bien, ya había llegado el momento.

—¿No teme que me escape?

—Creo que eso ya lo discutimos bastante anteriormente. Hágalo y sabrá lo que es bueno. Lo pasará peor que El fugitivo, ¿recuerda?

—Es usted muy chistoso.

Atrapé el teléfono y comencé a marcar el número de Eleanor Nash.

—Quiero ir —insistió ella.

—Comprenda que no es lo ideal.

—No me importa.

—Ella no debe saber del asunto que nos llevamos entre manos, señorita Forster. ¿Cómo justificar su presencia? Será una cita aparentemente intrascendente, galante si se quiere, durante la cual procuraré que me hable sobre los Cáster y Bolton.

—Ya.

La miré, mientras se establecía la comunicación y el timbre empezaba a sonar.

—No me diga que está celosa.

Eso la sacó de quicio. Dio media vuelta soltando un bufido y desapareció en su dormitorio con portazo incluido. Respiré aliviado.

—¿Sí?

—¿Señora Nash?

—Un momento, por favor.

Aguardé unos instantes, luego oí su inconfundible voz.

—¿Quién es?

—Soy Margolin, Steve Margolin.

—Oh, qué alegría oírle. Vaya, vaya, usted no echó en el saco del olvido mi teléfono.

—No, señora.

—Llámeme Eleanor. Me hace usted vieja. Y creo que no lo soy, ¿o sí?

—¡Por supuesto que no, Eleanor!

—¿Qué cuenta?

—Había pensado que podríamos cenar juntos. No tengo nada que hacer esta noche. ¿Y usted?

—Pues... tampoco.

—Estupendo.

—¿Por qué no viene a mi casa, Steve? Mi cocinera nos preparará una exquisita cena. Además, será más íntimo —puse algo de intención en las palabras—. ¿Qué le parece?

—Bueno...

—¡Decidido! ¡La espero! ¡La dirección está también en la tarjeta!

Colgó antes de que dijera algo más. Sonreí satisfecho mientras leía el número y la calle.

Antes de salir pensé en decirle algo a Jenny, pero cuando llegué ante la puerta de su dormitorio, me lo pensé mejor y opté por dejarlo correr.

Eleanor Nash vivía en el centro de la ciudad, en la Van Burén Street, en un suntuoso edificio. Su casa ocupaba toda una planta.

Me abrió la puerta una doncella que me condujo por espléndidos corredores hasta un salón biblioteca donde ella me esperaba vestida con un ajustado traje de noche negro, escotado, con una picara

abertura a un lado de la falda que permitía admirar sus piernas al andar.

—Ha sido rápido —comentó.

—No había mucho tráfico.

—¿Una copa mientras tienen lista la cena?

Acepté, y ella misma se encargó de servírmela. Olía a lavanda y sus labios eran tan rojos como sus cabellos. El escote permitía ver buena parte de sus opulentos senos, redondos y blancos como el marfil. Pensé que iba a ser una difícil velada para mí.

—¿Cómo le va la estancia en Phoenix?

—Bien. ¿Y sus negocios?

—Oh, no hablemos de eso —me chasqueó, pues veía que era una forma de introducirme en el tema.

A continuación, me ametralló sobre toda clase de preguntas sobre mi vida, mis ideas, etc. Tuve que improvisar, mezclando verdad con ficción, como suelen hacer los novelistas. Fue un buen ejercicio cerebral.

Luego apareció por fin la doncella y anunció que la cena estaba preparada. Nos trasladamos al magnífico comedor. Todo había sido cuidado al mínimo detalle, velas incluidas.

Tomamos asiento frente a frente. Nos sirvió la misma cocinera entre comentarios sobre los platos que había preparado. Yo me sentía un poco cohibido ante aquel despliegue y temía no saber cumplir con las reglas sociales. Realmente, fue una exquisita cena y la elogí con sinceridad.

Pero el tiempo pasaba y no conseguía introducir lo que quería, lo que verdaderamente me había llevado hasta ella. Me lancé en los postres, casi desesperadamente.

—La encuentro... muy sola, Eleanor.

Ella ya doblaba la servilleta, tras limpiarse los labios. Asintió, reconociendo:

—Es cierto.

—Perdone la indiscreción, pero ¿no tiene algún amigo? Me habló usted de ese Fess Lowell...

—Eso ya acabó.

—Sí, me lo dijo. ¿Y después?

No respondió, mirándome con fijeza.

—¿Le apetece ahora una copa de coñac? —preguntó de pronto,

cambiando de tema.

—Bueno.

Se dirigió hacia el mueble bar y preparó la bebida. No me trajo la copa, tomó asiento en el diván y me invitó a que acudiera allí.

Fui, y entonces me ofreció la copa.

—He tenido algunas relaciones, pero me duraron muy poco — me contestó, deslizando su cabeza, su mata de pelo rojo, sobre uno de mis hombros.

—Me extraña. Una mujer como usted...

—Uno se largó con una jovencita, el otro murió...

Bebí un largo trago. El momento se acercaba, también ella, sentía sus poderosos pechos contra mí, restregándose de una manera provocativa.

—¿Algún accidente? —pregunté.

—En efecto. De coche.

—Lo siento.

—De todas formas, no me convenía. Se descubrió que era traficante de drogas. Hacía frecuentes viajes a México para traerlas.

—Oh —me hice el sorprendido—. Se vería usted comprometida, Eleanor.

—Un poco. La policía me dio la lata durante unos días con sus preguntas. Pero pude probar que no sabía de eso absolutamente nada. Mi relación con él era puramente amorosa y creo que por mi parte mucho más sincera. Era un granuja. Su muerte me abrió los ojos.

—¿Pertenece a alguna banda?

—Sí, pero no ha logrado descubrir nada. Y yo apenas pude ayudar porque no conocía sus contactos, sus amistades. Pero dejemos eso...

—Usted me estuvo preguntando antes todo sobre mí — argumenté, no queriendo que se escabullera, en el plano dialéctico, claro, porque en el otro, en el físico, la tenía prácticamente encima, tasi aspirando su aliento—. A mí me da la impresión de que sigue enamorada de Fess Lowell... —Ataqué directamente.

—¡No!

—¿Seguro?

—¿Usted qué cree? —Se mostró de lo más atrevida y me mordió el labio inferior.

—Hummm...

—Incluso creo... creo que le odio. Me alegraría que se arruinara, que se cumplieran esos rumores que aseguran que su negocio va a pique...

—¿Y no piensa que ese hombre puede quedar libre, que puede abandonar a la otra, igual que la abandonó a usted?

—Eso no sucederá. Conoceré yo a Helen, es más lagarta que yo. No lo soltará.

—Helen Cárter era su nombre, ¿no?

—Sí, esa arribista.

—La que se casó con el millonario, según me contó gracias a un embarazo.

—Exacto. Un bonito negocio que hizo a los dieciocho años. Fíjese si era lagarta la criatura.

—Entonces tendrá algún hijo —dije, satisfecho de haber llegado por fin.

—Sólo uno, varón. El que le valió el matrimonio. Se llama igual que su padre, Andrew Cárter. Es su cruz.

—¿Por qué? —pregunté tras apurar la copa.

—El muchacho le ha salido rana, se fue de casa, se le hizo *hippie*, luego drogadicto... En fin, acabó en un centro de rehabilitación de toxicómanos.

—¿Y ahí sigue?

—Creo que salió. Pero no sé cómo están ahora las cosas. Desde que se unió a Fess es poco lo que nos hablamos, procuramos esquivarnos. Pero ya está bien, Steve; dejemos a los demás y preocupémonos de nosotros.

Me arrebató la copa, que dejó caer sin ninguna consideración, y luego se comportó como una auténtica gata en celo.

CAPÍTULO IX

Me presenté en el apartamento de Jenny Forster a las nueve. Ella ya estaba levantada, aseada, vestida, con una peligrosa chispita en los ojos que no alcancé a descifrar por el momento.

—Ya era hora de que apareciese.

—No quise venir antes para no molestarla. Pensé que querría descansar, aprovechando que no tiene que ir al trabajo ya.

—Con pocas horas me basto. Creí que vendría después de la cena a informarme.

—La verdad es que no le sonsaqué mucho a Eleanor Nash, y estaba cansado. ¿Para qué despertarla? Me fui al hotel directamente.

—Oh.

—Esa mujer no parece saber mucho. Glenn Bolton era su amiguito, pero apenas sabe de su vida y sus relaciones. Respecto a los Cártter también hay poco. Al parecer el hijo, Andrew Cártter, es una especie de *hippie* aficionado a la droga, estuvo en un centro de rehabilitación para toxicómanos y no mantiene buenas relaciones con su madre.

—¿Entonces?

—Tenemos que dar con ella no tenía idea de su paradero, como Agatha. Habrá que visitar a la viuda.

No estará con ella con toda seguridad, pero tal vez la señora Carter conozca su paradero. ¿Está ya lista?

—Sí —se puso brazos en jarras, algo desafiante—. ¡Estoy lista para decirle que es un gran embustero!

—¿Cómo?

—No estuvo en el hotel. Como no venía, la telefoneé varias veces, cada hora, interesada por conocer lo que habían hablado, ¡y

nada! ¡Le va a acompañar su padre! ¿No quería ir solo a visitar a la pelo de panocha? ¡Pues siga solo, tío listo!

—¡Maldita sea! —mascullé—. ¿Otra vez los celos? ¡No me diga que se ha enamorado de mí!

—¡Y encima creído!

Soltó otro de sus bufidos, dio media vuelta y regresó al dormitorio. En esta ocasión, el portazo fue atronador, las paredes temblaron.

Me quedé mirando la puerta cerrada unos instantes, finalmente sonreí, me encogí de hombros y me largué. Estaba lista si esperaba que le rogara.

Tomé el coche, desplegué el mapa de Phoenix sobre el asiento de al lado y procuré no perderme camino de la casa de los Cártter. La pelirroja me había facilitado la dirección.

Helen Cártter vivía en una especie de residencia, al norte de la ciudad, cerca del North Mountain City Park, toda ella convenientemente cercada. Se llegaba tomando un desvío de la Cave Creek Road.

Una atenta y pizpireta doncella me condujo hasta el jardín que había detrás de la magnífica casa de dos plantas, estilo colonial. Estaba recién pintada. Relucía bajo el sol de la mañana.

Allí me encontré con un hombre y una mujer que paseaban entre los macizos de flores, algo acaramelados. Ella llevaba una rosa cortada entre las manos.

La doncella dio mi nombre y acto seguido se retiró silenciosamente.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó entonces la mujer.

Frisaría los treinta y ocho años de edad, era alta y delgada, de líneas suaves, cabellos dorados y ojos claros, casi transparentes. Tenía encanto.

—Lamento molestarla, señora Cártter. Aunque usted no me conozca tengo cierta relación con su hijo —dije, con una idea preconcebida en la cabeza. En verdad, desde que había llegado a Phoenix no había hecho otra cosa más que mentir.

—¡Andrew! —saltó ella, emocionada.

—Tranquila, Helen —intervino el hombre. Era un sujeto de una edad aproximada a la de ella, también alto, de complexión atlética, con un rostro de facciones viriles que podían ser definidas como

atractivas. Vestía con suma elegancia.

—¿Qué ocurre con mi hijo?

—Nada, señora, no se alarme. Sólo estoy tratando de localizarlo. Pensé que podría estar aquí o usted tener noticia de su paradero.

—Hace tiempo que no viene por esta casa —me replicó compungida—. La verdad es que no viene desde... desde que salió del centro de rehabilitación...

—Oh, no lo sabía.

—Me considera culpable de su estancia allí. Yo sólo lo hice por su bien, para que lo curaran. Pero él no quiso comprenderlo. ¡No quiso comprenderlo! ¡Y ha vuelto a lo mismo! —Se echó definitivamente a llorar.

—Helen, Helen... —El hombre le pasó un brazo por el hombro, cariñoso, tratando de consolarla.

—Anda por ahí convertido en un pingajo desesperado, destrozado por la maldita droga... —añadió ella entre sollozos—. Oh, Andrew...

El hombre me miró con cierta dureza. Tenía unos ojos grises, fríos, algo repelentes.

—Será mejor que se vaya —me dijo acremente—. La señora Carter no está en condiciones de hablar con usted.

—Es importante, señor...

—Lowell.

Ya lo imaginaba y no fue por tanto ninguna sorpresa. Le miré también con fijeza.

—Señor Lowell —dije—, es importante, sobre todo para Andrew.

—¿Por qué?

—Le he encontrado una colocación.

—¿Qué? —Se espabiló ella, sorbiendo sus propias lágrimas—. ¿Un empleo?

—Hace tiempo tropecé con él —comencé a explicar «mi» historia—. Idealmente daba pena. Nos conocíamos de la época de estudios de él, yo solía ir a un bar que él frecuentaba y allí organizábamos partidas de póker y dados. El me contó lo que le pasaba. Yo tengo un pequeño negocio, heredado de mi padre, y le prometí que en cuanto hubiera una plaza disponible le avisaría. Como no me dio ninguna dirección, pensé que vivía aquí, o al

menos aquí conocerían su paradero. Por eso he venido. Mi único ánimo es ayudarle...

—Nunca me dijo que quisiera trabajar —comentó extrañada la madre—. En la empresa de su difunto padre sabe que tiene...

—Tal vez sea eso precisamente lo que no quiere, compéndalo, señora Cárter —la interrumpí, anotándome un nuevo tanto.

—Sí —asintió ella—. Debe de ser así.

—Entonces, ¿qué me dice de su paradero?

—La verdad es que no sé exactamente dónde puede encontrarle, señor Margolin. Antes había un amigo común, Jimmy Malcolm, que me tenía informada más o menos de los pasos de mi hijo. Sabía por dónde andaba, cómo le iban las cosas, incluso le daba algún dinero para que se lo entregara como cosa suya. Pero ahora Jimmy ha sido internado también en el centro de rehabilitación para toxicómanos...

—¿Qué centro es? Intentaré hablar con ese chico... si no se le ocurre otra cosa.

Estaba vacía de ideas. Me dio los datos que precisaba, me deseó suerte y me rogó que la tuviera informada. Viendo la rosa que había despedazado entre sus manos, con el nerviosismo, le dije que sí. Seguidamente me despedí de ambos, con amabilidad, dejándoles abrazados entre las flores.

El Centro se hallaba en el camino a Glendale, al oeste de la ciudad, en un lugar solitario, retirado. Me llevé un buen chasco porque resultó que allí no se admitían visitas, salvo familiares. Podía habérmelo advertido la señora Cárter, pero en el estado que estaba... Ahora ya me había dado a conocer y poco podía hacer para entrar en contacto con el chico. Planeando una nueva estrategia, regresé al apartamento de Jenny. Ella podía ayudarme.

Otra sorpresa. Jenny Forster no se encontraba en su apartamento. Había dejado una nota escrita sobre el aparador comunicándome que se iba al motel Eldorado, en la carretera de Mesa, pues se había acordado de algo importante respecto a Glenn Bolton y quería comprobarlo por su cuenta, me esperaba allí.

Con el papel en la mano, pensativo, bajé en el ascensor. Sin saber exactamente por qué, guiado por mi intuición, pulsé el botón del garaje. Cuando llegué abajo, no me hizo falta buscar. Casi me di de narices con la moto de Jenny.

Una sorda rabia me invadió. Era una trampa, comprendí. ¡La habían raptado!

CAPÍTULO X

Apretando los dientes salí a la calle. Maldito fuera. No tenía que haberla dejado sola. La debía haber obligado a venir conmigo. Estúpido.

Pero ahora era tarde para lamentaciones.

Miré a mi alrededor, mis ojos escrutaron todos los recovecos. No vi nada sospechoso, nada que llamara mi atención. Parecía que no me vigilaban. Debían confiar en que yo acudiría allí, al motel Eldorado, y sería presa fácil.

¿Quiénes habían sido? ¿Por qué?

Enfurecido, deseché las preguntas y las reflexiones. Ahora se requería sobre todo acción. Fue por lo que eché mano de mi navaja, extraje la hoja de acero y me la guardé así, lista para utilizarla. No era cuestión de empezar a tramitar una licencia de armas para poder comprar un revólver. Sabría apañármelas simplemente con una navaja.

Tomé el coche, desahogándome algo con el pie sobre el acelerador. Enfilé la carretera nacional número sesenta, pasé el aeropuerto, el Papago Park y la Arizona State University sin apenas fijarme. Antes de llegar al motel, que distinguí a lo lejos, detuve el coche.

Comencé a hacer auto-stop. No quería aparecer por allí solo, con mi coche. Había que despistarlos un poco. Mientras movía el dedo gordo, pensé por qué habrían escogido aquel lugar.

Un Chrysler color verde se detuvo. Por el hueco de la ventanilla apareció la faz redonda de un hombre maduro; de escaso cabello y una nariz como un pimientito.

—¿Se le estropeó el coche?

—Sí, amigo. ¿Podría acercarme a aquel motel? Así llamaría por

teléfono... Tengo una pierna mal y no puedo caminar con soltura.

—Con gusto.

Subí. El hombre se mostró muy amable y parlanchín. En un instante me dijo que se llamaba Richard Wayne y que trabajaba como ejecutivo de una importante empresa de plásticos. Venía de Tucson.

Yo le dije que me llamaba Steve Margolin, que necesitaba ayuda y que estaba dispuesto a todo. Al mismo tiempo le mostré la navaja.

En seguida aminoró la marcha del coche, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Espero que colabore por las buenas. Hay una mujer que corre peligro ahí en el motel.

—¿Por qué no avisa a la policía?

—No hay tiempo.

—Me parece que...

—No se preocupe, la avisaremos luego. Esto hay que resolverlo sin llamar la atención.

—Pero yo no soy hombre de acción.

—Sólo ha de hacer como si fuéramos amigos dispuestos a alquilar una cabaña. Del resto me encargo yo. Ellos estarán esperando a un solo hombre que preguntará por la chica. Les despistaremos.

—De... de acuerdo...

Salió perfectamente, el hombre se tragó el miedo y se comportó como los buenos.

El motel era pequeño y bastante ruinoso. No daba la impresión, desde luego, de ser un negocio próspero. Sólo tenía una docena de cabañas de alquiler, un poste de gasolina y un edificio central en cuya planta baja se agrupaban el bar-restaurant-recepción.

El interior era desolador. Sólo un hombre se encargaba del mostrador y únicamente había un cliente, sentado en una silla, leyendo un periódico.

Al entrar, nos observó por encima del diario. El otro dejó de limpiar el polvo.

Richard Wayne fue quien llevó la voz cantante, solicitando la cabaña, mientras yo escrutaba nuestro entorno. El tipo del periódico no dejaba de mirarnos, sobre todo a mí, con mucha fijeza.

El otro ya colocaba el libro-registro sobre el mostrador y

alargaba una llave.

De repente, caí en la cuenta de que podían tener mi descripción. Fue en el justo momento en que el tipo de la silla, doblaba el diario y se movía sospechosamente.

—¡Cuidado! —le grité a mi colaborador. Al mismo tiempo, lancé magistralmente la navaja.

Tras el silbido del acero al cortar el aire, se escuchó un grito espeluznante. El fulano cayó hacia atrás, derribando la silla por supuesto, con la hoja clavada en el cuello. Ya tenía un revólver en la mano, quedó al descubierto al perder el periódico.

No me anduve con confianzas. El del mostrador, tras la inicial sorpresa, ya intentaba reaccionar. Le atenacé por la pechera y fue fácil sacarlo del hueco porque era un tipo de escaso peso.

Seguidamente lo derribé de un puñetazo en pleno rostro que lo dejó medio atontado, despatarrado. A continuación me hice cargo del revólver del muerto.

—¿Llamo a la policía? —preguntó ansioso Richard Wayne. El sudor le caía por el rostro.

—Aún no.

Me encaré al tipo derrengado, dándole una suave Datada.

—Tu nombre.

—Matthews... —respondió, restañándose un poco de sangre que asomaba por sus fosas nasales.

—¿A qué viene todo esto?

—Yo... yo soy el dueño del motel... Ellos... ellos me pidieron ayuda...

—¿Ellos?

—Pat y Lewis. Pat es el muerto.

—¿Dónde está el otro?

—En la cabaña doce, con la chica.

—¿Quiénes son?

—Yo... yo sólo los conozco porque me suministran droga... Pertenecen a... a una organización, pero no sé detalles... Me pidieron este favor y no supe negarme... Querían un lugar tranquilo para una cita y poder realizar un interrogatorio. Como no suelo tener mucha clientela, pues... Además prometieron pagarme bien... No sé más, de veras...

—Anda, vamos.

Se puso en pie dificultosamente. Le advertí que echara a andar y no cometiera tonterías. Quería capturar al otro y rescatar indemne a la muchacha.

Asintió.

Seguidamente caminamos hacia la cabaña número doce, yendo detrás de nosotros, a prudencial distancia, Richard Wayne. El tal Matthews golpeó con los nudillos en la puerta.

—¿Quién? —preguntó una voz.

Yo le clavé el cañón en la espalda.

—Soy yo, Matthews, abre.

—Ya voy.

Oímos descorrer un cerrojo, seguidamente se abrió la puerta.

El loco de Matthews se echó hacia adelante, gritando:

—¡Es una trampa, Lewis!

Eso precipitó los acontecimientos. No tuve más remedio que abrir fuego inmediatamente, para evitar que el otro me cosiera a balazos.

El plomo de mi revólver —en realidad del muerto Pat— se llevó parte de la madera de la puerta y también alcanzó de lleno al llamado Lewis, el cual gimió lastimeramente, mientras el dueño del motel rodaba por el suelo, apartándose del lugar de los tiros por si acaso una bala perdida le alcanzaba.

Acabé de abrir la puerta y pude ver por completo al tipo, delgado, fibroso, con un lacio mostacho sobre el labio superior, arrugándose poco a poco herido mortalmente.

Jenny estaba al fondo, atada, amordazada, pálida, desgredada.

Terminé por derribar al tal Lewis y seguí hacia adelante.

El dueño del motel se puso a suplicarme:

—¡Piedad... piedad...!

—¿Qué pensaba ganarse, maldito bastardo? ¿Unos sobrecitos extra de heroína?

Le di un patadón que lo levantó un palmo del suelo, luego quedó completamente móvil.

Liberé a Jenny, que se arrojó impetuosamente en mis brazos. Yo la apreté contra mí.

—¡Oh, Steve...!

—Ya pasó todo, pequeña.

Entonces se asomó el hombre del Chrysler.

—¿Puedo llamar a la policía, señor Margolin? Los pocos clientes se están preguntando qué...

—Ahora sí —le interrumpí.

Se fue trotando, contento.

Vámonos, nena —le dije, separándola de mí a mi pesar—. No nos conviene ahora la poli. Tengo el coche cerca. Sólo una pequeña carrera. ¿Podrás?

Me dijo que sí.

Por el camino expliqué cómo había llegado a sospechar la verdad.

Ya en el coche, ella me contó cómo se habían presentado los tipos en el apartamento, llevándosela bajo amenaza de sus armas.

—Preguntaron también por ti, esperaban pescarnos a los dos. Al decirles que no sabía, que habías salido, me obligaron a escribir la nota. Dijeron que en el motel hablaríamos con tranquilidad. Aquí, mientras tú acudías, me estuvieron haciendo preguntas sobre Bolton, si yo era la amiguita que se llevó a México. Luego sobre Cameron: qué sabía del asesinato... Llegaron a comentar que les molestábamos, que no querían gente que incordiará, que ya tenían bastante con la policía... Oh, Steve, creo que tenían pensado matarnos...

—No me extraña.

—¿Quiénes eran exactamente?

—No lo sé. Debían pertenecer a la organización esa dedicada al tráfico de drogas, posiblemente compañeros de Bolton y Cameron. En fin, eso demuestra que ellos también están preocupados por lo sucedido.

—Pero ¿cómo han sabido de nosotros?

—Hummm... Tal vez conocían el chantaje, tal vez te vigilaban, no sé... Ahora importa otra cosa, dar con Andrew Cárter. Puede ser el hombre, el asesino.

—¿Qué has averiguado?

Se lo conté.

—Necesito tu ayuda para hablar con Malcolm. Hazte pasar por una hermana y sonsácale.

—De acuerdo. ¿Te has dado cuenta que nos tuteamos?

—Ahora que lo dices... Ella rompió a reír.

No hubo ningún problema en esta ocasión. Segur me contó después, consiguió fácilmente engañar a los perros de presa del Centro y llegar hasta Jimmy Malcolm, un joven de dieciocho años que se estaba recuperando a marchas forzadas. El chico estuvo a punto de estropearlo todo al verla, pero Jenny se le anticipó oportunamente.

Jimmy Malcolm cooperó a partir de aquel momento.

—La verdad es que no estaba muy seguro, pues hace tiempo que está desconectado con sus amistades de ese mundo. Pero cree que un tal Ed Porter, que es habitual de un tugurio de Folsom Street, puede darnos una pista segura sobre Andrew Cáster. Tienen cierta amistad.

Allá fuimos rápidamente.

Ed Porter resultó ser un tipo joven, extremadamente delgado, de ojillos de ata, que se fumaba en un rincón un porro, con verdadero deleite.

Le molestó que apareciéramos por allí con preguntas, interrumpiéndole el «éxtasis».

—Ese anda ahora pegado a las faldas de Brenda Sykes —nos dijo en seguida, con ánimo de que nos largáramos con viento fresco y lo dejáramos en paz continuar sus caladas—. Le pega duro a la cosa, como él. Brenda vive en un cuchitril de mala muerte en Penny Lane, una callejuela de la 40th Street. ¡Moriros, tíos!

De nuevo subimos al coche y rodamos por las calles de la ciudad. Se nos había pasado la hora de almorzar. Lo que menos pensábamos era en comer.

Cuando llegamos a la dirección facilitada por Ed Porter, comprobamos que se trataba de una sucia buhardilla. Tras golpear la puerta con los nudillos, pues no había timbre, y además varias veces, insistentemente, por fin la abrió un joven alto y barbudo, rubio, vestido casi andrajosamente. Sus ojos parecían inyectados en sangre.

Era sin lugar a dudas Andrew Carter.

—Oh —se sorprendió al vernos, como si esperase encontrarse con otras personas.

—¿Andrew Carter? —pregunté para asegurarme.

—Sí...

—Queremos hablar contigo.

Pasamos al interior sin que se opusiera. No se mantenía muy bien en pie y se estrujaba constantemente las manos. Parecía muy nervioso.

La chica no apareció por ningún lado. Todo estaba en completo desorden, sucio y con un pésimo olor.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó, yendo a sentarse sobre la deshecha cama. Nosotros continuamos de pie.

—Steve Margolin. Jenny Forster.

—No... no les conozco...

—Es cierto. Pero vinimos a hablar de una persona que sí conoces. Bing Cameron.

—¡Cameron, ese cerdo! —barbotó, demostrando por primera vez algo de vitalidad.

—Le conoces, ¿eh?

—Sí... —reconoció mirándonos recelosamente.

—¿Qué sabes de él?

—Na... nada...

—Vamos, no mientas. Sabemos que Cameron era un vendedor de droga y tú uno de sus clientes. ¿Es así?

—¿Son... de la Policía...?

—No.

Esbozó una rara sonrisa.

—Sí, lo son, no me van a engañar. Y buscan al que lo mató. ¡Porque el cerdo de Cameron está muerto, los gusanos se lo están comiendo! ¿Creen que fui yo quien lo mató?

Le miré fijamente.

—¿Fuiste tú?

La extraña sonrisa se le ensanchó. No me gustó nada.

—Sí, claro que sí —asintió—. Le odiaba, le odiaba mucho. Cada vez me cobraba más y se aprovechaba de mí, amenazando con ir a mi madre. Cerdo. Ahora ya no me quería fiar. Incluso llegó a enseñarme unos sobrecitos para hacerme sufrir, diciéndome que sólo los tendría cuando le pagara lo que le debía. El muy hijo de perra... ¡Le odiaba, sí! ¡Qué bien muerto está!

Jenny y yo intercambiamos una mirada de incredulidad. El joven parecía desquiciado.

—¿Cómo lo mataste?

Ahora sonrió torcidamente.

—Fui... fui al *bungalow* y... y le golpeé, le golpeé, le golpeé así... ¡Así! —Había tomado la almohada y le propinaba feroces puñetazos —, una y otra vez, hasta que su cochina cabeza estalló como un tomate maduro...

Jenny se llevó un dedo a la sien, indicándome lo que pensaba.

—¿Y qué más hiciste, buscaste droga?

—Sí, sí, revolví todo el *bungalow* y encontré grandes cantidades... Todo era blanco, y yo me revolcaba, era algo extraordinario, delicioso...

Soltó la almohada y comenzó a rodar sobre la cama, como si lo estuviera viviendo.

Yo apreté los labios, enrabiado con aquella penosa y abominable situación.

Maldita droga. Malditos comerciantes. Maldito todo.

—Hola —dijo entonces una voz femenina a nuestra espalda, sorprendentemente.

No la habíamos oído llegar. Había abierto la puerta silenciosamente.

Se trataba de una joven de no más de dieciséis años, esbelta, rubia, con un rostro pícaro y sensual. Vestía camisa a rayas y *shorts*.

—¿Brenda Sykes? —pregunté.

Ella asintió.

—¿Y ustedes?

Le di nuestros nombres, también le indiqué el propósito de nuestra visita.

—No le habrán creído una palabra —dijo—. Está desesperado porque últimamente no ha tomado su dosis. Todo lo que les ha contado es lo que le hubiera gustado hacer con Cameron, pero nada más. Si hubiera encontrado toda esa heroína con la que sueña, no estaría así. Bueno, pronto estará bien. Le he conseguido un poco.

Andrew Cártter se revolvió en la cama y al escuchar aquellas palabras dijo:

—Pero pronto tendremos mucha mucha, toda la que queramos, ¿verdad, Brenda?

—Sí, cariño. ¿Me permiten?

Ella se le aproximó dispuesta a inyectarle lo que traía en el bolso. Mientras observaba los preparativos, casi como un ritual, se

me ocurrió preguntar:

—¿No sería mejor llevarle a un centro de...?

—¡No! —aulló él.

—Déjenos resolver esto a nuestro modo, amigo —dijo ella—.

¿Listo, Andrew?

El asintió.

Jenny se abrazó estremecida a mí.

El joven quedó tumbado sobre la cama, mucho más calmado. Brenda comenzó a recoger los utensilios, la jeringuilla, la gomita...

Yo la encaré.

—¿Puede contarnos ahora qué pasó realmente con Bing Cameron?

—Nada.

—Esto es muy importante —le dije con gravedad.

—De verdad que no pasó nada. Cameron no le fiaba, por más que Andrew le suplicaba. Quería cobrar antes lo que le debía. Y el comportamiento de Cameron desquiciaba a Andrew, pero no llegó a hacer nada. Precisamente antes de cometer una locura, tropezó con la zorra de Agatha Wallis...

—Algo de eso sabemos. Al parecer le dejó un ojo a la funerala.

—Sí. Ella le amenazó seriamente, si continuaba molestando a Cameron y no pagaba, la organización se haría cargo de él y lo pasaría mal. Andrew perdió los estribos y la golpeó. Entonces los amigos de ella le propinaron una paliza. Ha estado aquí encerrado recuperándose y eso sucedió antes de que muriera asesinado Cameron. Yo respondo por Andrew. El no pudo hacerlo.

Yo había fruncido el ceño.

—¿Cómo es eso de que Agatha amenaza en nombre de la organización? ¿No es una simple fulana drogadicta?

—Ése es el papel de cara a la galería —sonrió la joven Brenda—. En realidad, trabaja para la organización. Es su espía de la calle. Observa el mercado y controla a los vendedores como Cameron. Es una zorra de cuidado.

CAPÍTULO XI

Tiré la puerta abajo de un fuerte patadón, sin ningún rubor. Detrás fui yo.

La pareja dio un par de cómicos saltos en la cama. El hombre era maduro y rechoncho, abrió unos ojos como platos al verme y profirió algo ininteligible.

—¡Largo! —le espeté.

No se hizo de rogar más, cogió sus ropas apresuradamente y salió a todo correr. No me preocupaba lo más mínimo la entrada porque de eso ya se ocupaba Jenny.

Me acerqué a la mujer y le arrebaté la sábana con la que se cubría pudorosamente.

—No vengas ahora con remilgos, nena.

—¡Cerdo!

Le di un guantazo. Estaba harto de buenos modales, sobre todo con una persona que me había engañado premeditadamente.

Agatha Wallis perdió todos sus humos, quedando tirada sobre la cama. Tenía, en efecto, un cuerpo joven y curvilíneo. Pero eso ahora no me interesaba.

—Me tomaste el pelo —dije.

—No sé de qué hablas.

—¿Quieres que te ponga la cara del revés, estúpida?

Sé que perteneces a la maldita organización de traficantes de drogas que opera en esta ciudad. Ahora entiendo mejor las cosas. La otra tarde no le entregaste dinero a Bing Cameron, como me quisiste hacer creer, sino droga, precisamente la mercancía que luego encontró la policía en el *bungalow*. ¿Sí o no?

Como no respondía, alcé la mano. Rápidamente dijo que sí. Sonreí.

—Imagino fácilmente que la prisa que Bing Cameron tenía para cobrar su chantaje era para pagar ese alijo. Como te expliqué en el bar, estaba chantajeando a mi compañera por un viaje que ésta realizó a México con Glenn Bolton... al que supongo ahora reconocerás que si sabes quién era, ¿verdad?

Asintió con la cabeza.

—Pero yo no sabía nada del chantaje hasta que tú lo nombraste —agregó—. Sabía que Glenn se había llevado a una amiguita para «convencerla». Luego supe de su muerte accidental y que la chica, rubia y joven, según los datos de la policía, no aparecía. Estuvimos tratando de localizarla, pero no lo conseguimos. Podía ser un peligro si sabía demasiado...

—Pero Bing sí dio con ella.

—No sé cómo lo supo. A nosotros no nos lo dijo.

—Claro, para exprimir él sólo la naranja.

—Para lo que le ha servido...

—¿Su muerte no fue cosa de la organización?

—No.

—¿Seguro?

—Ahora no miento.

—Pues Andrew Cárter tampoco fue.

—Eso ya lo sabía —esbozó una sonrisa—. Ese mismo día me lo encontré, se violentó conmigo y mis amigos le dieron una buena paliza, para que aprendiera la lección. Imposible que luego más tarde pudiera acudir a matar a Bing Cameron. Además, se hubiera llevado la droga. Ése está loco, no perdona ni una mota de polvo.

—Eres una mala zorra —espeté, rabioso—. Nos engañaste cuando hablamos contigo.

—Bah. Sólo quería ganar tiempo para informar a mi jefe. En seguida dedujimos que la tal Jenny Forster era la chica rubia de Bolton. No estaban claras vuestras implicaciones, tampoco cuánto sabíais realmente. Se decidió localizarlos.

—Y enviaron dos matones.

—No sé. En esas cosas yo no entro ni salgo. Mi misión es tener el oído abierto y vigilar la calle. De mí bien poco puedes saber.

—Al menos el nombre de tu jefe.

Vaciló.

—¿Me lo vas a decir o...? —Levanté un puño.

—Está bien —cedió—. Apáñate con él. Se llama Robert Arness.

—No le conozco.

—Es el dueño del bar Mandingo.

—Gracias —dije, y dejé caer el, puño sobre su mentón. La morena quedó dormida como una bendita.

Pero no me conformé con eso. Rápidamente, procedí a atarla y amordazarla, quería ganar el mayor tiempo posible. Incluso rompí el hilo telefónico para no darle facilidades en caso de que lograra desprenderse de las ataduras.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Jenny cuando salí del piso.

—Bien. Volvemos al Mandingo.

Precisamente allí era donde habíamos obtenido la dirección de Agatha Wallis. El local estaba semivacío con escasa animación. Al camarero que ya conocíamos, y que no hacía poco habíamos untado, le preguntamos por su jefe.

—No está. La verdad es que no suele estar aquí. Si es algo urgente, pueden hablar con Parker, el encargado.

—Es urgente, pero personal. ¿No sabe dónde podríamos encontrarlo?

Le pasé un billete de veinte y eso le hizo sonreír.

—Se dice que se ha largado a su casita con una chica, a pasárselo bien. Le gustan las jovencitas y cuando encuentra una, se la lleva allí.

—¿Dónde?

Era una dirección de Olive Avenue, al sur del Arizona Canal. Allí tenía su refugio Robert Arness, dueño de un selecto bar de Phoenix que le servía de tapadera para sus sucios manejos como traficante de drogas. Se trataba de una pequeña y coqueta casita rodeada de una alta valla de madera pintada de blanco. Se respiraba paz y silencio.

—Tal vez nos haya engañado —opinó Jenny.

—Ese hombre no tiene por qué estar en el negocio. Mira, ahí está el coche.

Era un Ford Taunus de color negro que se hallaba en el interior, casi detrás de la casa, pero dentro del recinto. Salvamos la sencilla verja de entrada, sin ningún problema, pues la cancela estaba abierta, y llamamos a la puerta.

Por más que esperamos nadie acudió a abrirnos. Nos miramos

interrogativamente.

—A lo mejor han salido.

—Hummm...

Echamos un vistazo por los cuatro costados, escudriñando a través de las ventanas. De pronto oí gritar a Jenny. Corrí rápidamente a su lado.

Me señaló con un dedo el interior, asustada. Miré y no pude evitar lanzar un obsceno taco.

Un hombre se hallaba sentado en una butaca, desnudo, con la cabeza ladeada hacia nosotros. Se le apreciaba fácilmente un negruzco agujero en la frente por el que se había deslizado un hilillo de sangre, ahora reseco.

CAPÍTULO XII

Fue fácil forzar la ventana. Le dije a Jenny que permaneciera allí y yo me colé al interior.

El hombre debía de ser Robert Arness. Era un sujeto de cuarenta y pico años de edad, magro, moreno, de pelo negro rizado y carirredondo. Estaba, en efecto, desnudo, y con él habían hecho prácticas de tortura, pues tenía el pecho lleno de abundantes quemazos, posiblemente realizados con la punta de un cigarrillo. El disparo había sido efectuado prácticamente a bocajarro. Le toqué y observé que aún estaba algo caliente, por lo que el asesino o asesinos no debía hacer mucho que habían huido de allí.

Miré alrededor y no vi nada sospechoso. Todo parecía en orden. Era una sala de estar de apariencia confortable, con su pequeña biblioteca, su televisor portátil, su radio...

Decidí inspeccionar el resto de la casa. Tal vez la supuesta chica con la que iba a pasar una agradable jornada estuviera en otra habitación.

No la encontré por ningún lado. Sólo hallé un leve rastro en el dormitorio, la cama revuelta, el colchón bastante castigado, hundido, como sí allí hubieran retozado dos cuerpos. Podía haber estado. Pero ¿dónde estaba ahora?

Volví junto al muerto, le eché otra mirada y me dije que no entendía absolutamente nada. ¿Por qué?

Jenny golpeó el cristal de la ventana llamando mi atención.

—Hay una señora mirando desde la casa de al lado, Steve.

—Voy.

Me extrañaba que el muerto no hubiese gritado al ser torturado. Carecía de mordaza. ¿Y el disparo, no se había oído? Bueno, la pistola podía llevar un tubo silenciador acoplado. Eso me hizo

pensar inmediatamente en Bing Cameron. ¿Se trataba del mismo asesino o asesinos?

Salté al exterior y en seguida Jenny me señaló a la señora de edad, de pelo canoso, que nos observaba con el ceño fruncido desde su jardín.

—¡Eh! ¿Qué hacen ustedes ahí? —chilló.

—¡Queremos hablar con usted! —dije como respuesta.

Acto seguido salimos del recinto privado de Robert Arness y nos trasladamos al de la señora en cuestión.

Era una mujer grandota, obesa, de rostro avinagrado.

—Buenas tardes —saludé.

—¿Son amigos de ese degenerado? —espetó de mal humor—. Menudo día estoy soportando.

—¿Sí? —me limité a decir, esperando que ella picara y continuara.

—Sé que le gusta reírse de mí, nunca me hace caso, pero díganle que esta vez va en serio. Si vuelve a tener la radio a toda marcha, llamaré a la policía. Hace un rato ha organizado un verdadero escándalo. No he salido porque me encontraba en el baño, si no...

—Ya.

—¿No lo han encontrado en casa?

—No. Por eso mirábamos por la ventana —sonreí—. Nos dijo que estaría.

—Es extraño. Su coche está ahí y además no vino solo. Anoche les vi llegar.

—Una chica, ¿eh?

—Se trae cada elemento, y para su edad...

—Sí, le gustan las jovencitas. Por cierto, ¿vio a la última?

—Ya le dije que sí. Anoche.

—¿Cómo era?

* * *

Esta vez no hizo falta una patada. Con un leve empujón del hombro bastó para saltar la débil hoja de madera que hacía las veces de puerta de la sucia buhardilla que compartían Andrew Cáster y Brenda Sykes.

Ella estaba allí.

—¡Oh, usted! —exclamó, asombrada de verme. Jenny se había

quedado abajo, vigilante para evitar sorpresas—. ¿Cómo usted por aquí? ¿A qué viene derribar la puerta?

Avancé hacia ella, tomé la mochila que estaba preparando y la tiré al suelo.

—¿De viaje?

—Sólo una excursión.

—Seguro —sonreí de una forma torcida. Tú también eres una zorra, Brenda, una pequeña zorra, pero una zorra al fin y al cabo.

Palideció intensamente al escuchar mis palabras, balbuceando:

—No... no le entiendo... mente. —Entre ayer y hoy ya me han tomado bastante si pelo, primero Agatha Wallis, luego tú. No estoy dispuesto a aguantar más mentiras.

—¿A qué... se refiere...?

—No me dijiste la verdad, no me dijiste lo que sabías. Me enviaste a Agatha para quitarme de encima y que no os molestara. ¿Dónde está Andrew?

—Pues... salió.

—¿Ya está bien?

—Se recuperó con la dosis, sí.

No dije nada durante un par de segundos, observándola con fijeza.

—¿Por qué no me hablaste de Robert Arness? —le pregunté de pronto.

Ella respingó. Estaba blanca como la cera.

—¿Cómo?

—No te hagas la idiota —la cogí por los cabellos y tiré hasta que se le saltaron las lágrimas—. Si he de ser desagradable para que digas la verdad, lo seré. Igual me ha pasado con Agatha. Sois vosotras quienes me obligáis, malditas seáis. ¿Por qué no me hablaste de Robert Arness? ¿Por qué no me dijiste que él era el jefe de la organización? ¡Tú lo debías saber! ¡Te has acostado con él!

—¿Lo... lo sabe?

—¿Eres tonta? ¿No te lo estoy diciendo? Te vieron llegar a su casa.

—Oh, suélteme, por favor...

Lo hice. Ella corrió a sentarse en un borde de la cama, enjugándose las lágrimas con el pico de una sábana.

—Pronto estará aquí la policía —le dije.

—¿Por qué? —Alzó violentamente la cabeza para mirarme. Ya era terror lo que expresaban sus ojos.

—Robert Arness ha sido asesinado.

—¡No!

Auténtico pánico.

—Sí, Brenda. Le quemaron con un pitillo y luego le pegaron un tiro en la frente. No lo hiciste tú, ¿verdad?

—¡No! ¡Yo lo dejé vivo! ¡Lo juro!

—Lo creo —la tranquilicé—. El cadáver estaba aún caliente, por otro lado una vecina acababa de escuchar música... Cuando eso sucedió, tú ya estabas aquí. Pero ¿y Andrew? ¿Adónde fue?

—No, él no ha sido. No tiene pistola.

—¿Estás segura?

Vaciló.

—¿Y estás segura de que no mató a Cameron?

—No, no lo hizo. Yo estuve con él todo el tiempo.

—No te creo.

—¡Es la verdad! —saltó, chillando.

—Cálmate, aún no hemos terminado —saqué mi paquete de cigarrillos y le ofrecí. No aceptó. Yo encendí uno—. ¿Por qué te has acostado con Robert Arness? ¿Qué relación te unía a ese tipo?

—Ninguna. Me lo pidió Andrew.

Exhalé una bocanada de humo.

—¿Por qué?

—Andrew está loco por la droga, ¿no se dio cuenta? La necesita como el aire. Y no tiene dinero, ni nadie le fía. Está desesperado por ello.

—¿Y? —La invité a continuar, pues se había detenido.

—Logró saber de Robert Arness. Pero éste en realidad no es el jefe, sino el cabeza de turco, hay otro por encima de él, el gran financiero, el auténtico cerebro y director de la organización, una persona fuera de este sucio ámbito social de los bajos fondos...

—Y que requería de un tipo como Robert Arness para que se lo montara.

—Sí.

—Andrew te mandó a las garras de Robert Arness para que te aprovecharas de su debilidad por las chicas tiernas y le sonsacaras el nombre.

Asintió, agregando:

—De paso le saqué también algunos dólares y compré una dosis para Andrew.

—Y cuando él se recuperó, le diste el nombre.

—Así es. Se echó a reír como un loco y dijo que sería muy fácil.

—¿Qué se propone?

—Chantajearlo. Pedirle lo que tanto necesita para subsistir, ¿no lo entiende? Kilos y kilos. Con eso nos pensábamos marchar lejos, adonde no pudieran pescarnos. Sé que está loco, pero yo le amo, ¿lo comprende?

—Antes pudo ir a matar a Robert Arness.

—¿Para qué? No creo. El solo quiere heroína. Sólo eso.

—Bien. Dime el nombre del auténtico jefe de la organización.

Me miró, dudando.

—Todo ha terminado, Brenda —le dije con gravedad—. Creo que Andrew corre peligro, tal vez pueda ayudarle. ¿Me lo vas a decir?

Asintió lentamente con la cabeza. Luego me dio el nombre.

CAPÍTULO XIII

Encontrar su dirección no fue nada difícil porque era un tipo la mar de conocido en Phoenix. Bastaba echarle una mirada, por ejemplo, al listín telefónico.

Vivía en una elegante finca sita en la Broadway Road, no muy lejana al Salt River. Allí detuve el coche y entonces Jenny dijo con tono preocupado:

—¿No sería mejor avisar a la policía?

—Aún no. Esto no está del todo claro. Hemos descubierto la organización que tanto persigue la Narcotic Squad, pero siguen sin aclararse los asesinatos de Bing Cameron y Robert Arness. Nadie parece saber de ellos. Es lo que me tiene desconcertado. ¿Quién más ha mentido?

—Pero si te metes ahí dentro...

—No te preocupes. Caso de que no saliera, avisa entonces al teniente Larch. Pero dame un tiempo. ¿Okay?

Jenny asintió sin mucho convencimiento. Le di un beso y salté del coche.

La puerta me la abrió un mayordomo alto, estirado, de rostro grave, que parecía sacado de alguna rancia película de los años treinta.

Le dije lo que quería.

—El señor está ocupado con una visita —me replicó—. Ha dicho que no se le moleste.

—Es muy importante.

—Vuelva más tarde. O deme su teléfono y le llamará.

—No. ¿Su visita es acaso un joven rubio y barbudo? —pregunté, intrigado.

—No tengo permiso para contestar a ese tipo de preguntas,

señor.

—Está bien.

Hice como que me resignaba, incluso empecé a dar media vuelta ante su vigilante mirada. De pronto giré sobre mis talones y le pegué fuerte en el estómago y luego en el rostro. Se fue hacia atrás, golpeó con la cabeza contra la pared y poco a poco se vino abajo.

Resoplé mientras le contemplaba inconsciente. Luego cerré la puerta. Con todas las precauciones del mundo y el oído atento, me aventuré hacia el interior.

Recorrí un largo pasillo alfombrado que daba a un salón con puerta cristalera que conducía al exterior, a la parte trasera de la casa, donde había un magnífico jardín rodeando una piscina en forma de oreja. No vi a nadie. Sólo un bolso de mujer sobre una hamaca.

Tomé otro corredor, a mi derecha, y entonces creí escuchar unas voces. Conforme avancé, éstas se hicieron más nítidas. Eran voces masculinas.

Cuando llegué ante la puerta que me separaba del lugar donde se desarrollaba la conversación, probé con la manija y ésta cedió. Abrí ligeramente, sin hacer ruido, sólo lo suficiente para escuchar a la perfección lo que decían.

—¡Lo hará, amiguito! —hablaba Andrew Cártter—. ¡Me entregará lo que quiero o será su perdición! ¡No tendré piedad con usted!

—Estás loco, muchacho —le replicó el otro, sin alterarse—. Te has metido en la boca del lobo, prácticamente desnudo, y piensas salir con bien de ésta. ¡Ja, ja!

La risa se la cortó secamente el joven.

—No me hará nada. Hay otra persona en esto. Si me sucede algo, esa persona le denunciará a la policía.

Andrew Cártter jugaba bien sus cartas. Escuché una maldición del hombre. Ahora fue Andrew quien rió, pero algo nerviosamente.

—¿Qué? —preguntó ansioso.

—De acuerdo, tendrás lo que quieres —aceptó el dueño de la casa, arrastrando las palabras. Había una contenida rabia en ellas—. ¿Puedo llamar por teléfono para hacer que traigan lo que quieres?

—Sí, pero cuidado con lo que dice.

—Tranquilo, muchacho.

Decidí que ya había escuchado bastante y que era la hora de intervenir; no convenía que acudiera más gente allí. Por tanto fui abriendo más y más la puerta, sigilosamente. Quería antes hacerme una composición de lugar.

Vi a Andrew Cárter de pie, ofreciéndome su espalda. No se estaba quieto, se movía constantemente. El gusanillo de los nervios le debía recorrer todo el cuerpo.

Fess Lowell se encontraba también de pie, tras su mesa escritorio, con las facciones del rostro contraídas, algunas gotas de sudor perlando su frente. Con la diestra sostenía el auricular, mientras que con el Índice de la otra mano, marcaba el número.

Bien. Todo estaba correcto. Era el momento de entrar en acción, descubriéndolos y evitando la llamada.

Me iba a echar hacia adelante cuando observé cómo una puerta contigua se abría del todo. A continuación, sin dejar tiempo a reaccionar, se oyeron tres secos taponazos, y vi con horror cómo Fess Lowell se apartaba violentamente del aparato telefónico, como si quemara, gritaba e iba dando tumbos de un lado a otro mientras saltaban en el aire borbotones de sangre. Finalmente se derrumbó con gran aparatosidad, pero aún tuvo fuerzas, desde el suelo, para alzar la mirada y ver a la persona que le acababa de disparar tan inesperada y sorpresivamente. No pareció asombrarse. La miró un instante y luego estrelló la cabeza contra el suelo, quedando totalmente inmóvil.

Andrew Carter gritó:

—¡Tú...!

Al mismo tiempo yo ya me abalanzaba sobre ella, arrebatándole la pistola con bastante facilidad, sin que opusiera ninguna resistencia.

—Bien —exclamé—. Ya todo ha terminado, señora Carter.

CAPÍTULO XIV

Por Fess Lowell nada se podía hacer. Lo comprobé al inclinarme sobre él y observarle las heridas. Estaba muerto, bien muerto.

Andrew Cártter miraba el cadáver como hipnotizado. Yo sopesé la pistola en mi mano y me encaré a la mujer. Helen Cártter no parecía la misma señora que yo había visto en su casa. Ahora irradiaba una extraña mezcla de abatimiento y felicidad, dolor y satisfacción.

—¿Usted mató también a Bing Cameron y a Robert Arness? —le pregunté.

Asintió.

—¿Por qué?

—Sólo venganza, señor Margolin, sólo eso —dijo con voz inflexible—. Quería vengarme de los malditos comerciantes en droga. Mire lo que han hecho con mi hijo, mi único hijo, un auténtico despojo humano, usted lo ha podido comprobar. Ellos fueron quienes me lo arrebataron, destrozándolo, convirtiéndolo en un muñeco. Fue al Centro de Rehabilitación y no sirvió para nada. Se puede decir que lo esperaban a la puerta con sus asquerosas ofertas. No dejan que ningún cliente se escape, lo acosan hasta que depende irremisiblemente de ellos. El cliente consigue dinero para ellos y ellos le dan lo que necesita. Si es preciso los convierten en ladrones y asesinos para poder pagarles. En una palabra, los explotan hasta que revientan. Mi hijo es un caso prácticamente perdido, ahora pretendía el chantaje y a saber qué otras cosas hubiera hecho por obtener sus cochinas y necesarias dosis. Lo han sumido en un infierno sin salida... porque su única salida es la muerte. ¡Mírelo!

Andrew Cártter se había arrodillado junto al muerto. Parecía

llorarle.

—Es como si hubiera perdido a su padre —comentó ella despectivamente.

Tuve que reconocer que sí. Luego ella prosiguió con su relato.

—La idea la tuve cuando se me presentó el hombre gordo, el tal Bing Cameron. Quería el dinero que mi hijo le debía. Lo necesitaba urgentemente, si no se lo daba organizaría un gran escándalo. Cuando fui a pagarle al *bungalow*, lo que en realidad hice fue amenazarle con la pistola y obligarle a contarme lo que sabía de la organización. En principio sólo tenía pensado matarle a él, le consideraba el único culpable, no sabía mucho cómo andaba montado el tinglado. El gordo se asustó y empezó a justificarse, dijo que era un mero empleado, que había gente más gorda detrás, me dio el nombre de Robert Arness a cambio de su vida...

—Pero usted lo mató.

—Desde luego. El había sido el inductor directo de la ruina que es ahora mi hijo. Entonces me propuse también acabar con los inductores indirectos y en verdad principales culpables de todo este maldito negocio.

—Fue a por Arness.

—En efecto. Pero Robert Arness era un hombre con cierta importancia, dueño de un bar elegante. Casi nunca estaba solo, desamparado, fue cosa bastante difícil, pero me ayudó un fiel empleado mío, que se dedicó a vigilarlo estrechamente hasta que se presentara la oportunidad. La noche pasada me comunicó que Arness se había ido a una casa con una chica. Luego, precisamente al poco de irse usted de mi casa, me volvió a llamar diciéndome que se había quedado solo. Despedí a Fess y fui corriendo. Y... —Se le hizo un nudo en la garganta, incapaz de continuar.

—Vi lo que hizo —le ahorré la explicación.

—Era un tipo duro. Me costó mucho más que con Cameron a pesar de que en esta ocasión llevaba compañía y ayuda. Nunca creí que pudiera hacer esas cosas. De veras... Pero cada vez que pensaba en Andrew... Como matar a Fess: yo le quería, creía que era el mejor hombre del mundo, ¿cómo se cree que me sentó saber la verdad? Estaba aquí con él desde hace mucho, hablando, soportando sus caricias, pero no veía el momento, se me hacía difícil, casi imposible, usted no lo puede comprender... Luego se

disculpó con una visita. Por la forma en que me miró el mayordomo al hablarle a la oreja, me escamé. Y fue por lo que acudí a escuchar al antedespacho. Usted vino por el corredor del salón... Y cuando vi lo que pasaba, cobré de nuevo valor y pude apretar el gatillo, y matarlo. Ahora entiendo por qué apenas le preocupaba que su Pima Aluminum se tambaleara, el otro negocio era el bueno. ¡Y cómo me engañaba! ¡Qué cerdo!

—¡No digas eso! —chilló de pronto el hijo, corriendo hacia nosotros. Tenía una expresión desesperada.

—¡Andrew! —le recriminó instintivamente ella.

Antes de que lo pudiera atrapar la mano de él la abofeteó, lanzándola de espaldas contra la mesa. Luego se debatió entre mis brazos gritando desaforadamente:

—¡Maldita! ¡Maldita!

EPÍLOGO

Nunca antes habíamos estado tanto tiempo en un Police Department. Hubo malas caras, interrogatorios, firma de declaraciones... Los polis no estaban contentos con nosotros, a pesar de haberles resuelto varios dolores de cabeza.

Cuando todo el lío finalizó y quedamos en libertad, me llevé una mano a la frente y exclamé:

—¡Tu padre debe estar que ladra!

—Posiblemente —sonrió Jenny.

—Hay que telefonarle y contarle todo lo que ha pasado antes de que envíe aquí a su escuadrón de abogados y detectives y ponga Phoenix patas arriba.

—Sí, claro —asintió ella—. ¿Y... volverás a Frisco?

—Pues... —Me mordí el labio inferior, mirándola a los ojos—. Mejor no le llamaré —decidí rectificar—. Le pondré un telegrama. Vamos.

En la Western Union tramité el cable para Gregg Forster. Decía así:

*«Todo resuelto. Stop. Dinero ya de vuelta: Stop.
Dimisión. Stop. Me gusta el tenis. Stop. Saludos.*

»Margolin».

Jenny, al leerlo, me miró con ojos brillantes.

—¿Eso quiere decir que te quedas? —preguntó con un gallo en la voz.

—Ajá. No me acordaba que me has de enseñar a jugar al tenis.

¿No quedamos en eso?

—Pero primero me has de decir lo que hiciste con la pelirroja.

—No tengo inconveniente —sonreí—. Vamos a tu apartamento.

Al principio le dio un poco de rabia. Luego me llamó sinvergüenza, y por último, pidió más.

FIN

Albert Rosbund es el pseudónimo del escritor Alberto Rosbound Izquitino.